2066
8-338
Diez de la rosa
3397

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

Olavide

MADRID:

RIOS, MONIER. CUESTA, PUBLICIDAD.

4

LAS DIEZ DE LA NOCHE.

COMEDIA EN DOS ACTOS,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON LUIS OLONA.

N.° 123.

MADRID, 1850. — IMPRENTA DE S. OMAÑA.
Calle de la Redondilla núm. 2.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/lasdiezdelanoche4004olon

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 1839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847 relativas á la propiedad de obras dramáticas.

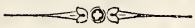
Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAJES.	ACTORES.
El Conde de Merville.	Sr. Catalina. (D. M.)
El Baron de la Tortampierre. . .	Sr. Jimenez.
La Vizcondesa Armanda de Ormong.	Señora Bardan.
Gabriela, *su sobrina*.	Señora Rizo.
Mme. de Montricourt.	Señora N.
Mariana, *criada de la Vizcondesa*.	Señora N.

Un Criado. Acompañamiento.

La accion en el primer acto en Versalles y en casa de la Vizcondesa Armanda. El segundo en Poitiers. 1779.

ACTO PRIMERO.



El teatro representa un salon puerta al fondo: una á la derecha otra á la izquierda. A la izquierda del público una ventana, una mesa á la derecha con recado de escribir, una otomana: chimenea con reló frente á la ventana.

ESCENA I.

GABRIELA *sola sentada, y con una carta no acabada en la mano.*

(*Leyendo.*) « Versalles 17 de abril de 1779. Mi querida amiga: ¿ quieres que te cuente mi vida desde que nos hemos separado, y tú dejaste el convento donde nos educamos juntas? Voy á hacerlo. Ya sabes que á consecuencia de un convenio de familia, me casaron á los diez años. Mi esposo, bravo mari-

672523

no, se fué segun me digeron de gobernador al Senegal en tanto yo crecia en el convento y salia completamente de la niñez; pero cuando el pobre volvia á Francia para reunirse conmigo murió en uno de los buques de su magestad. De nuevo me preguntas si conservo todavia aquella mi grande inclinacion hácia el Conde de Merville, á quien veia tantas veces en el locutorio, acompañando á tu hermano siempre que este iba á visitarte. Sí, mi querida Gabriela, aquella inclinacion es hoy la misma... digo mal: es hoy mayor que entonces. Dos veces he visto al Conde en los jardines de Versalles. Pero no se acuerda sin duda de mi fisonomía, pues no me ha reconocido. A menudo oigo pronunciar su nombre delante de mí, porque se habla mucho en la córte de su carácter y de sus aventuras, y mi tia se ocupa la primera en ellas, y en nombrar al Conde á cada instante. Sin embargo, ella ignora mi pasion, la ignoran todos, y él mas que nadie porque ya te he dicho que ni se acuerda de haberme visto, ni me ha hablado una sola vez... Ah! Por qué yo en cambio no lo puedo olvidar un solo momento? Tú me indicas que te asustan las ideas de mi mente acalorada, y de mi carácter osado, y esperas verme á lo mejor cometer alguna estravagancia. No lo sé. No sé si el porvenir justificará tus temores. Mucho es mi amor, y mucha es la inquietud que hoy sufro, porque para colmo de males, mi tia me persigue, y me abruma queriendo obligarme á que me case con otro; con un hombre que ..» Ah! Siento ruido. Es mi tia que vuelve. Ocultemos esta carta. Mas tarde concluiré de escribirla. (*Lo hace.*)

ESCENA II.

GABRIELA. *La* VIZCONDESA ARMANDA.

ARMAN. (*Saliendo.*) Oh! Qué placer es vivir en Versalles! Por dó quiera no se oye hablar mas que de glorias, de amores, de batallas: en todas partes tropiezas con galanes á cual mas obsequiosos, con príncipes, con marqueses, con generales!... Cada dia un gusto, una diversion nueva! Oh! La córte! La córte!

Que mágica mansion! Cómo he podido yo vivir hasta ahora en provincia?

GABRI. Sin embargo habeis vivido... y bien.

ARMAN. Dí mejor que he vegetado como una enredadera ó una flor silvestre.

GABRI. No lo parece al menos.

ARMAN. Pero aqui... Vamos! Y qué conversaciones! Qué chites! Qué lenguaje!... Ah! Solo en la córte se habla... Fuera de ella... se rebuzna.

GABRI. Tia!

ARMAN. Sí; lo siento, pero esta es la verdad.

GABRI. Con todo...

ARMAN. Nada: si te has de convencer pronto. Estoy segura que no tardarás en ser de mi opinion. Asi que se verifique tu boda con el Baron de la Tortampierre. (*Engreida.*),

GABRI. Ya sabeis, querida tia, que no quiero casarme con el Baron de la Tortampierre.

ARMAN. Como es eso, Gabriela?

GABRI. No creo que os coja de nuevo mi repugnancia. Os la he manifestado tantas veces...

ARMAN. Y aun insistirias!... Dios mio! Un matrimonio arreglado hace mas de un año: prometido por tí misma en el convento!

GABRI. Supe por ventura entonces lo que me hacia? Una tarde me presentásteis á un caballero muy vestido de ceremonia y muy grave, que me dice despues de una profunda reverencia: «señora vos estais viuda.» Yo le hago otro gran saludo y respondo: «caballero, os doy mil gracias:» Maldito si entendia una palabra de aquello.

ARMAN. Pero el caso es que no rehusaste....

GABRI. Ya! En seguida la superiora y vos, me digísteis que añadiera: «caballero, me dispensais un grande honor! Y yo añadí, como era consiguiente: «Caballero me dispensais un grande honor;» Sin adivinar lo que decia. Es esto acaso un compromiso formal?

ARMAM. Convengo en ello. Pero sobrina mia, lo que si es un formal compromiso, es mi palabra solemne que he dado como tutora tuya; es el habernos establecido en los dominios de Poitou, pertenecientes á tu difunto esposo, mientras que su hermano, tu futuro, iba al Senagal á liquidar una parte de vuestra herencia. Esos dominios son magníficos: palacio en Poitiers;

quinta en las cercanias...

GABRI. Lo que no impide el que me haya fastidiado allí hasta el estremo.

ARMAN. La cuestion no es esa. Ha habido toma de posesion: hemos estado cobrando las rentas, he administrado, invertido sumas considerables Me pedirán cuentas. Por otra parte, tu padre no me dejó nada; mi fortuna ya bastante reducida, acaba de serlo mas por el pleito que he perdido, y si ahora rehusas obstinadamente ese casamiento... Piensalo bien Gabriela. Vas á reducir á los mas duros estremos á la noble Vizcondesa Armanda de Ormong, tu tia.

GABRI. A vos, que siempre me habeis prodigado vuestros cuidados y vuestra ternura! A vos, que habeis sido una madre para mí.

ARMAN. Puedes arruinarme si quieres.

GABRI. Oh! Nunca. Mas bien morir.

ARMAN. Qué dices, hija? Al contrario. Se casa una, y no por eso se muere. En teniendo voluntad decidida para sobreponerse á la situacion.. Tu futuro ha desembarcado en el Havre; he recibido esta mañana carta suya, y hoy mismo estará en Versalles.

GABRI. ¡Ay cielos! Hoy?

ARMAN. Me dice en su carta y en términos por cierto sumamente galantes, que tú eres para él la mas hermosa porcion de la herencia de su hermano.

GABRI. ¿Qué necesidad tenia su hermano de haber hecho un testamento tan estraño?

ARMAN. Oh! Y está bien terminante. Si tú rehusas casarte con el Baron, á él pertenecen todos los bienes, y solo no podria tener esto lugar en el caso de que fuese el Baron quien se negara á ser tu esposo.

GABRI. Qué decís? Con que si el Baron se negara á casarse conmigo...

ARMAN. Sí. La cláusula es positiva. Pero de qué te sirve?

GABRI. Quien sabe! Sí, por ejemplo, yo no le gustase al Baron...

ARMAN. Tú! Noble, bella!...

GABRI. No hay en el mundo mugeres mas nobles y mas bellas que yo?

ARMAN. Mas nobles? Jamás convendré contigo! Eso si que..

GABRI. Bien; pero no se puede negar que las hay mas bellas.

ARMAN. (*Mirándose á un espejo.*) Eh? Sí. No diré lo contrario.

GABRI. Ay! Conozco que me va á ser imposible amar á ese hombre...

ARMAN. Y quién te obliga á que le ames?

GABRI. Como! Acaso no está una obligada á. .

ARMAN. De eso no se habla nada en el testamento.

GABRI. Si, mas yo quiero poder amar á mi marido: yo no comprendo de otra suerte el matrimonio, y... y aun me prometo que este... Oh! Porque no se efectuara no sé de lo que seria capaz.

ARMAN. Pero yo me lo presumo. Vamos, querida Gabriela! Modera esos arranques. Nacida como yo en Carcasona, tienes una cabeza... meridional: igual á la mia. Pero tambien tienes un noble corazon, y no querrás arruinar á tu tia. Vaya! vé á disponerte para recibir al Baron; vé á adornarte un poco.

GABRI. ¡Adornarme! ¡Para él!

ARMAN. No, hija. Para él no; para tí, para los demás, para todo el mundo. ¡Jesus! Qué niña eres todavía!

GABRI. Voy pues, ya que os empeñais, pero haré cuanto pueda por no ser su esposa.

ESCENA III.

ARMANDA *sola.*

Allá lo veremos. ¡Qué atolondrada! Si yo no la contuviese, Dios sabe hasta donde seria capáz de llevar su aversion á este enlace! ¿Tendría acaso alguna inclinacion secreta hácia otro hombre? ¡Las jóvenes del mediodia somos tan inflamables! ¡Ay! ¡Demasiado! Dígalo yo, sin ir mas lejos, Desde aquel baile de máscaras en que el héroe de los salones y jardines, el interesante conde de Merville se ocupó tanto de mi persona... ¡Que contento estaba! ¡Con qué espansion reia! Y esta misma tarde en palacio, en la galería de los orangutanes de la China, donde le avisé por medio de un anónimo de que me veria... no ha reido tambien al pasar junto al grupo de señoras con quienes yo estaba? Oh! me ha conocido. No hay duda: su alegría á mi solo aspecto, es el signo evidente de su amor. Verdad es que le he escrito ya mas de diez y seis billetes perfumados, y que no me ha respondido

aun á ninguno, Pero, sí. Lo hace por discrecion· Sus miradas me lo dicen, y como yo soy tan inteligente en el lenguaje de los ojos. Ah! ¡Qué gloria para mí la de arrebatar al Conde á todas esas coquetas que se lo disputan!.. Si, si: mi sobrina vá á casarse, y entonces... ¡Ah! Entonces! No mas cuidados. No mas inquietudes!.. Solo viviré para tí, mi noble Conde! Para tí solo, y para siempre!

ESCENA IV.

Dicha. Un criado, el BARON.

CRIADO. (*Anunciando.*) El señor Baron de la Tortampierre.

ARMAN. ¡Ha llegado ya! Avisad á mi sobrina dentro de cinco minutos. (*Al criado que se vá.*)

BARON. Me permitirá (*Sale con aire pretencioso y entonado, pero algo ridículo.*) la señora Vizcondesa depositar mi humilde homenage á sus pies, y un ósculo respetuoso en su blanca mano?

ARMAN. ¡Por fin llegásteis, Baron! ¡Os aguardábamos con una impaciencia!

BARON. Que seguramente no igualaba á la mia. Pero; que quereis! El Senagal está algo lejos de Versalles...

ARMAN. Y os ha ido bien allí?

BARON. Mucho! El Senagal es un pais soberbio. Yo deseaba traeros algunos recuerdos, algunos productos de aquella tierra fértil... por ejemplo; una pantera, un mono, un cocodrilo, y los mandé conducir al buque. Pero se levantó una tempestad y hubo que tirarlo al agua. Pobres animales! Creed que esto me ha causado sumo disgusto. Yo hubiera querido traeros siquiera el mono.

ARMAN. Qué ímporta? No estais vos aqui?

BARON. Con todo...

ARMAN. Esto es lo mas esencial

BARON. Oh! Sois muy galante, Vizcondesa! Si, ya estoy aqui, á Dios gracias. He trabajado como un negro para liquidar toda la herencia de mi difunto hermano, y al fin vuelvo con el corazon lleno de amor, y la

cartera rebentando de contratos productivos y escelentes.

ARMAN. Es decir, que vuestras intenciones continuan siendo las mismas.

BARON. Pues no que no? Una inmensa fortuna y una muger encantadora legadas por testamento. Quien rehusaria semejante herencia?

ARMAN. De manera que si mi sobrina no os pareciese tan decidida como vos lo estais, no desmayariais por eso de vuestro propósito?

BARON. Eh! Intentaria ella por ventura renunciar á la herencia de mi hermano?

ARMAN. No; no digo tanto.

BARON. Rehusaria la mano de un hombre como yo? Como yo! Baron de la Tortampierre! Oficial de las aguas y bosques de su magestad! y...

ARMAN. Repito que no he querido decir eso...

BARON. (Y á mi que se me han desbaratado hasta doce casamientos, sería divertido que tambien se me descompusiese el décimo tercio!)

ARMAN. (*Con aire confidencial.*) Me esplicaré con toda confianza. Mi sobrina, tiene ciertas ideas novelescas...

BARON. Oiga!...

ARMAN. Pues! y... y ademas... en nuestra familia... hemos siempre deseado que se nos ame por nosotras mismas.

BARON. Pretension dignamente justificada por la sobrina como por la tia.

ARMAN. (*Haciendo una dengosa cortesia.*) Oh!

BARON. No es lisonja, creedme. Con solo mirar ese semblante.. (Aun está en sazon esta muger.)

ARMAN. Sois algo adulador, pero... no sienta eso nunca mal en un caballero, cuando se trata del bello sexo. Por lo demas... Debo advertiros que sospecho que mi sobrina trata de poneros á prueba.

BARON. Eh? De ponerme á prueba?... A prueba de bomba?

ARMAN. Eh! Quiero decir... que seria facil que intentára tenderos un lazo...

BARON. A mi! A mi que he tendido tantos... á los lobos de mis dominios...

ARMAN. Pero vos os mantendreis firme.

BARON. Oh! perded cuidado.

ARMAN. Entonces, dígaos ella lo que os diga, tened entendido que está muy contenta solo con la idea de ser vuestra esposa.

BARON. Bravísimo. Me hace justicia.

ARMAN. Conque. Os hallais dispuesto al combate?

BARON. Mas firme que Leonidas en las Termópilas, y mas duro que la roca Tarpeya. Pero una reflexion se me ocurre. Seria cosa de que yo tuviese un rival!

ARMAN. Un rival! Eso es posible acaso? Un hombre de vuestro mérito y de... de...

BARON. Y de mi prosapia!

ARMAN. Pues! no penseis en ello, y haga mi sobrina lo que haga, vos, adelante siempre.

BARON. Cabal. Yo siempre...

ARMAN. No la digais por Dios que yo os he prevenido.

BARON. Señora, los Tortampierre han sido, son y serán siempre en punto de reserva una balija donde todo el mundo puede confiar sus secretos. Y en cuanto á si iré adelante con entera decision, voy á probároslo, declarando que dentro de dos horas ha de firmarse el contrato. Asi! Golpe de estado.

ARMAN. Magnífico!

BARON. Que mañana nos casamos.

ARMAN. Eso, eso. Y pasado mañana...

BARON. Pasado mañana vendré á daros con mi esposa los buenos dias. (*Sonriéndose.*)

ARMAN. Mas bien serán las buenas tardes. (*Idem.*)

BARON. Pues! Veremos... Pero... no podré tener la dicha de saludar ahora á vuestra sobri...

ARMAN. Callad. Aqui viene. No olvideis...

BARON. No, no. Estoy bien advertido.

ESCENA V.

Dichos, GABRIELA.

BARON. (*A la Vizcondesa.*) Está hecha un capullito de rosa.

GABRI. (*Saliendo y viendo al Baron.*) ¡Dios mio! Baron!

ARMAN. (Ahora ya no la temo. Ya él está preparado.)

BARON. Adorada presunta, ¿os dignareis acoger con un poco de bondad al mas sumiso y mas tierno de vuestros servidores?

GABRI. ¡Oh! Tengo sumo gusto...

ARMAN. Sobrina mia... Este caballero es el señor Baron de la Tortampierre, que víene del Senegal á casarse contigo, (*Saludo del Baron.*)

GABRI. Saludo al señor Baron...

BARON. ¿Os pareceré demasiado exigente y ligero si apenas recienvenido solicito de vos una gracia?

GABRI. ¿De que se trata, caballero?

BARON. De... perdonad mi temeridad. Se trata de una corta entrevista. ¿No creeis como yo que en el caso en que nos hallamos, tendremos mil cosas que decirnos.

ARMAN. Para qué? Tiempo hay (*Pasando en medio.*) cuando se verifique la boda.

GABRI. Permitidme querida tia. Este caballero tiene razon. Y precisamente iba yo á rogarle lo mismo que él desea.

BARON. Primer síntoma de simpatía.

GABRI. Asi pues, señora, quisiera suplicaros... (*Sonriendo.*)

ARMAN. ¿Que me vaya á paseo? Bien. Daré mi vuelta acostumbrada en el jardin y... os dejo un momento, esposos felices: saboread el placer de una primera cita. (*Ap. al Baron.*) (No olvideis que intenta probar vuestro cariño.) (*Alto.*) Y despues tendré el gusto de saber... (*Ap. á Gabriela.*) (Sigue por Dios mis consejos.) (*Alto.*) Que ha sido satisfactoria para todos. Adios. (*Cortesía al Baron que se la devuelve respetuosamente.*)

ESCENA VI.

El BARON. GABRIELA.

BARON. Al solicitar esta entrevista me ha guiado mas que nada, mi propio interés, lo confieso. Es una especie de adelanto que tomo á cuenta de mi futura dicha.

GABRI. Muy pronto llamais á la boda, vuestra dicha futura, señor Baron.

BARON. Es la frase que he hallado para espresar mejor mi pensamiento.

GABRI. Sin embargo vos no me conoceis á mi: y si he deseado hablaros á solas un instante ha sido con el objeto de que tengais una cabal idea acerca de mi persona, de mi carácter, de mis inclinaciones...

BARON. Con lo que me proporcionareis sin duda una verdadera satisfaccion, porque vuestras inclinaciones, vuestro carácter y vuestra persona, me encantan desde luego, y me elevan mas allá de la ..

GABRI. Poco á poco. Quizá os engañais.

BARON. Yo!

GABRI. Vos. Porque tengo mas de un defecto.

BARON Señora! (*Riendo.*)

GABRI. Y he ahí por que quiero confesároslos antes de ..

BARON. (Ya pareció aquello. Estamos en las pruebas de que me habló la tia.) La confesion de una jóven tan bella no puede menos de ser muy agradable; sobre todo en sus pormenores.

GABRI. ¿Aun para quien pretende ser su esposo?

BARON. Si. ¡Cuando uno es filósofo!...

GABRI. ¡Hum! Segun y conforme.

BARON. Pues bien. Sentémonos, y... (*Le pone silla.*)

GABRI. No es necesario.

BARON. Entonces, cuando gusteis. Ya os escucho.

GABRI. Al verme, señor Baron, os habeis lisongeado (apostaria cualquier cosa,) conque yo seré dulce, complaciente...

BARON. Cá! Al contrario. Lo sentiria mucho.

GABRI. Como! (*Admirada.*)

BARON. Lo que os digo ¡Uf! No me hableis siquiera de esas naturalezas apáticas, de esas almas paradas, cuya inmutable tranquilidad no agita ni puede conmover nada en el mundo. Por el contrario, una muger viva, animada, petulante, con sus puntas de harpia.

GABRI. Es que yo soy muy rabiosa, señor Baron.

BARON. ¡Bravo! Una muger rabiosa lo despierta á uno, lo estimula, le hace sentir la vida. ¡Oh! Adoro á las mugeres rabiosas aunque me muerdan.

GABRI. (¡Que escucho!) Y decidme... ¿Os gustan los saraos, las fiestas, las grandes reuniones? ¿Os gusta el baile?

BARON. ¿Que si me gusta? Con pasion. ¡Pues y las fiestas y las!... ¡Oh! ¡Y las reuniones!... ¡Uf!

GABRI. (*Con despecho aparte.*) Cielos!

BARON. En cuanto á la danza... Yo soy un cigarron segun

salto y brinco, y... ¿Cómo no ser esperto en un arte tan bello y en el cual se han distinguido nada menos que el rey David y el gran Luis XIV? ¡Toma! Y á no ser por mi noble alcurnia me parece que hubiera debutado en el teatro.

GABRI. Vos!

BARON. Justo. ¿Quereis que os haga un batiman?

GABRI. No, no, mil gracias.

BARON. Con que... ya podeis estar tranquila sobre ese punto.

GABRI. (Nada le arredra!) Bien, caballero, pero en esas fiestas no os gustará, se entiende, el verme rodeada de numerosos adoradores, el qne yo reciba sus homenages, el que yo sonria al oir sus lisonjas..

BARON. Si que me gustará: ¿habeis de poneros séria cuando os galanteen? Eso es de muy mal tono.

GABRI. (Dios mio! ¿No he de encontrar un defecto que no le agrade?)

BARON. (¡Qué bien le devuelvo las flechas!)

GABRI. (*Picada.*) No hay duda, señor Baron, que estais dotado de una indulgencia estraordinaria.

BARON. Ponedla á prueba si quereis.

GABRI. (Vamos, este hombre es de piedra.)

BARON. Qué? ¿Hemos acabado ya? No teneis aun siquiera otros cuatro ó cinco defectos de que acusaros? O quereis que ayude vuestra memoria.

GABRI. Cómo!

BARON. Sí, sí. Vamos á ver. Por ejemplo. ¿Os gustan los brillantes prendidos? Los muebles suntuosos? ¿Los trenes magníficos?

GABRI. Y si me gustasen mucho, ¿que diriais?

BARON. Que á bien que somos ricos. Lujo en grande!

GABRI (Oh! Ya esto es una desesperacion!)

BARON. Y qué mas? Qué mas? Tal vez sereis un poco superficial, eh? Un poco celosa, un poco glotona, un poco...

GABRI. (*Impaciente*) Caballero! caballero!

BARON. ¿Qué tiene eso de malo? La superficialidad evita los hondos pesares: los celos prueban amor y la glotonería entretiene, y mientras se come no se habla mal del prójimo.

GABRI. (Jesus! jesus! Me va á causar un ataque de nervios.)

BARON. Queda algun otro defectillo por ahi?

GABRI. (*Con impaciencia.*) (Oh!)

BARON. Eh? Vaya. Sin reparo.

GABRI. Señor Baron, señor... (Ni sé donde estoy,)

BARON. Qué diantre! Ya que habeis empezado. .

GABRI. (No hay remedio. Apelemos al último recurso.) Señor Baron, ¿qué responderíais si yo os dijera, caballero, no os amo?

BARON. Responderia... Señora, ya me amareis con el tiempo.

GABRI. Es posible? Y si os dijese; caballero amo á otro?

BARON. Os responderia, señora, ya lo olvidareis.

GABRI. Oh! Teneis una sangre fria!... (Insoportable!)

BARON. Una sangre fria, que no esperábais seguramente de un hombre que viene del Senegal.

GABRI. Pero, señor Baron; con que si estuviéseis convencido, bien convencido, seguro, de que yo tenia un amor secreto, que este amor era correspondido, y que yo no renunciaba á él... Si tuviéseis una prueba de ello... Si lo viéseis con vuestros propios ojos...

BARON. Con mis propios ojos?

GABRI. Sí.

BARON. Oh! Es que... Toma! Tanto me ireis diciendo...

GABRI. Que lo reflexionaríais eh? (*Vivamente y alegre.*) Que no querriais casaros conmigo, ¿no es verdad?

BARON. Yo!... (Ah torpe! Ya me iba dejando coger en el lazo.)

GABRI. Responded.

BARON. Pues yo...

GABRI. Qué?

BARON. Nada: porque para que eso suceda hay una pequeña dificultad.

GABRI. Cual?

BARON. Que no creo tengais amante ninguno.

GABRI. (Oh! Demasiado cierto es que no le tengo.)

BARON. Asi pues, y para probaros que nada me detiene, y que vuestros defectos son á mis ojos preciosas cualidades, os ruego os digneis recibir de mi mano este medallon, como prenda de cariño y garantía de nuestro próximo enlace.

GABRI. Y qué es eso?

BARON. Nuestra cifra tegida con cabellos mios. Un trabajo admirable, ejecutado por una negrita del Senegal. ¿Veis? Una G, y una A. Yo me llamo Alcibiades. (*Le deja el medallon en la mano derecha da algunos pasos atras.*)

GABRI. Pero señor Baron, yo no puedo aceptar... (*Alargándole el medallon.*)

BARON. Oh! No, no Permitidme... (*Rehusando tomarlo.*) Le teneis en vuestra mano, y os suplico que lo guar-

deis. Ahora corro á casa del notario para apresurar el instante deseado de nuestra comun felicidad.

GABRI. Luego estais decidido á pesar de todo lo que os he dicho?

BARON. Irrevocablemente decidido.. en vista de todo lo que me habeis dicho. (*Saludo profundo y se va diciendo aparte.*) (Me parece que he salido diestramente de mi empeño. No se quejará la Vizcondesa.)

ESCENA VII.

GABRIELA *sola.*

GABRI. Ay! Yo me ahogo! Y qué hacer ahora, Dios mio! Qué medios emplear con un hombre que segun veo seria capaz de casarse con los siete pecados mortales? Y sin embargo yo no puedo acostumbrarme á... yo no quiero ser su muger; no quiero. Rehusar su mano, romper por todo y quedar en la pobreza!... Oh! Yo lo haria gustosa si en ello no se interesase mas que mí porvenir. Pero mi tia... mi pobre tia cuya fortuna destruiria de ese modo... No, no. Mi suerte seria que él no quisiera casarse conmigo: de este modo nada perdiamos segun el testamento. Pero cómo conseguir eso de un hombre que á todo se allana? Una sola cosa le ha hecho impresion. Si. La idea de que yo amase y fuese amada de otro. Mas aun asi, necesitaria tener una prueba positiva, indudable; no lo creeria hasta verlo por sus propios ojos. Oh! Si diera suelta á mi carácter!... En este momento se me ocurren las ideas mas locas; las resoluciones mas estravagantes y arriesgadas .. Si. Como yo me atreviera!... Ah! Qué delirio! Y sin embargo aunque fuese haciéndome violencia .. (*Queda pensativa.*)

ESCENA VIII.

Dicha. MARIANA *saliendo por el fondo con un candelabro en la mano.*

MARIAN. Señorita, ya segun veo no queda la menor duda. Recibid mi enhorabuena. Al fin vais á casaros. Pronto llegarán el notario y los testigos. Se ha citado para las diez en punto.

GABRI. (A las diez! Esta misma noche! Oh! Qué hacer? Si yo pudiera tomar una resolucion.)

MARIAN. Qué prisa tiene el señor Baron! Casarse asi, con las espuelas puestas como quien dice.

GABRI. (*Se oyen dentro reir á algunos hombres aunque algo lejos.*) Qué es eso?

MARIAN. Hum! Condenados!

GABRI. De quien hablas, Mariana?

MARIAN. No habeis oido reir estrepitosamente en la calle?

GABRI. Con efecto.

MARIAN. Pues bien. Son seis ú ocho mosqueteros que se divierten á costa mia.

GABRI. Tuya! Cómo! Esplícame...

MARIAN. Figuraos que yo entraba en casa hace cinco minutos, cuando siento que me tocan suavemente en la espalda. Vuelvo la cabeza, y me encuentro con un jóven, con un uniforme de mosquetero que me dice: «Sois vos la de las citas anónimas, ninfa bella? A mi ninfa! «Caballero, le respondo. Esa burla es demasiado insolente.» «No tal, replica.. He recibido de pocos dias á esta parte diez y seis billetes sin firma, y en el de hoy me citan en esta calle donde aguardo la señal que es un pañuelo blanco agitado desde una ventana. Estoy esperando hace ya rato; os veo á vos, y os pregunto. No es esto muy natural? Conque reina mia, á dónde vamos?» Al infierno, le contesté, y entré en casa trémula y asustada. El descarado suelta una carcajada estrepitosa, y le responden con otra seis ó siete compañeros suyos, que ocultos á la puerta de la hostería de enfrente presenciaban la escena. Ya veis que picardía!

GABRI. Pobre Mariana! Pero... quien será la que en esta calle escribe billetes anónimos á los mosqueteros?

MARIAN. Eso digo yo. Pues con buena gente se mete! Señor, qué cosas se ven en el mundo! Dar citas secretas! Esponerse á que las descubran un padre, un marído, un futuro esposo, y...

GABRI. (Oh! Qué idea! Es una locura, Pero... tambien es el solo medio...)

MARIAN. Allá en mis buenos tiempos...

GABRI. (Si, si. No hay otro. Qué puede resultar? Mañana saldremos de Versalles para no volver y... Cómo há de saberse?...

MARIAN. Decíais algo?

GABRI. Mariana, escúchame. No hay en el patio una litera?

MARIAN. Sí, la de la señora Vizcondesa.

GABRI. Pues bien... (*Le habla bajo. Se oye cantar dentro á los mosqueteros en coro*)

MOSQ. Hoy Baco reina solo
Descanse pues amor.
La copa, mosqueteros,
de vino se llenó.
Bebamos, bebamos,
que hoy treguas pide amor.

MARIAN. Qué me exigís, señorita?

MER. (*Dentro.*) Bien! Bravo! A la hostería.

MARIAN. Pero no ois las voces de esos desalmados? Se van á cenar.

GABRI. No importa: entras en la hostería; le haces una seña...

MARIAN. Pero...

GABRI ¿No te he esplicado ya mi intento, y por que doy un paso tan arriesgado? Tú, mientras, te quedarás oculta en esa sala: lo escucharás todo, y saldrás si yo te llamo. Pero vé pronto. ¿Te negarás á contribuir á deshacer un enlace que me haria desgraciada?

MARIAN. Vamos Al diablo no se le ocurriria...

GABRI. Silencio sobre todo. Toma (*Le da dinero.*) para los criados de la litera. Tres vueltas al rededor de la casa, entiendes?

MARIAN. Sea en buen hora.

GABRI. Corre: no te detengas.

MARIAN. Que cosas suceden en este siglo!

ESCENA IV.

GABRIELA, *despues* MARIANA.

GABRI. Dios mio! Que voy á hacer? He previsto acaso las consecuencias?... Ah! Renunciemos á mi estravagante intento. Si. Es una temeridad. Mariana! María... Ya se ha ido. Loca de mi! Pero si de este modo puedo obligar al Baron .. Oh! A un lado temores vanos. Tengamos serenidad y astucia. No me acusan algunos de atolondrada? Pues bien; mi carácter me disculparia en todo caso. Que recurso me queda, cuando dentro de una hora vendrán á que firme ese fatal contrato? No, no. Cualquier cosa primero que hacerme desgraciada toda mi vida. Así, mi tia se salvará tambien de la ruina, y en último estremo, yo sola pagaria las consecuencias de este aventurado intento. (*Asomándose.*) No veo á nadie. Si, si. La litera vuelve por este lado; torna de nuevo ahora; entra en casa. Ay! Me dá un temblor!... Estoy sin una gota de sangre en el cuerpo. Si vendrá! Si... Ah! (*Asustada porque vé abrirse la puerta.*)

MARIAN. Ya está aquí. (*Sale de puntillas.*)

GABRI. Es el mismo que te habló?

MARIAN. El mismo.

GABRI. Hazle entrar y que espere Tú en esa antesala, y cuidado no te duermas como sueles.

MARIAN. El caso es para dormirse!

GABRI. Que la litera esté pronto en el patio para conducir de nuevo á la hostería, á...

MARIAN. Ya, ya. Descuide usted.

GABRI. Apaga las luces y deja una encendida en ese cuarto. (*Lo hace Mariana de modo que entre un escaso reflejo en escena.*)

MARIAN. Bien. (*Gabriela se va.*)

ESCENA X.

MARIANA. EL CONDE DE MERVILLE.

MARIAN. ¡Si me viese hacer estos papeles mi difunto el inspector de asnos de los dominios de Poitou! ¡Chis! Caballero! Hácia este lado. Por aqui. Dadme la mano.

CONDE. Bien lo necesito. Esta casa está oscura como boca de lobo! Bien podian poner un farol en este pasillo que tiene mas vueltas y revueltas que el laverinto de Creta! ¿En que casa estamos? ¿Por qué calles hemos ido? He notado que la litera se volvia á izquierda y á derecha.. lo cual unido á los vapores del Champagne. .. Vamos ¿me esplicais? (*Alzando impaciente la voz.*)

MARIAN. Chiss! Guardad silencio y no os impacienteis. Pronto viene.

ESCENA XI.

El CONDE DE MERVILLE, *solo.*

¿Pronto viene? Bien. Que no tarde ¿Ois? ¡Calle! Creo que se aleja mi guia. Y cierra una puerta! que demonio de aventura! Y esta no es la dama de los diez y seis billetes: no. Estamos en otra calle. Que silencio tan sepulcral! «Caballero ¿quereis cambiar la cita del pañuelo blanco por la de una señora que fia á vuestra persona una señalada merced? Con mucho gusto. Pues seguidme. Esperad que me beba esta copa. La apuro y á la calle! Entro en una litera: mi guia no responde á mis preguntas, y llego hasta aqui. Pues señor, bueno. Hola! Que mueble (*Andando*) es este! Ah! Una

mesa. El tapete es rico á lo que parece. Calle. Que es lo que tocan mis dedos? Un medallon! Con un cristal! Sin duda es un retrato. Me lo guardo. Ya tengo un medio de reconocimiento por si acaso la dama quiere observar el incógnito. Pero quien podrá ser? Esto exije meditacion. (*Reflexionando.*) La vieja que aqui me ha conducido me ha dicho que se trataba de una gran merced. Oh! Siento abrir una puerta! La luz es tan escasa que apenas distingo los objetos. Oigo pasos, y pasos muy ligeros. Un vulto! Aqui está ya mi desconocida. Conde de Granville, pronto sabrás lo que es esto.

ESCENA XII.

Dicho, GABRIELA.

CONDE. Por el ruido indeciso de su trage de seda, se me figura que vacila en acercarse.

GABRI. (Valor!) Estais ahi, (*Alto pero tímidamente.*) caballero?

CONDE. Si señora, ó señorita; porque ignoro cual de los dos títulos debo daros.

GABRI. El que gusteis, caballero.

CONDE. (Calle! Se burla de mi?)

GABRI. Permitid que empieze disculpándome.

CONDE. Por haberme hecho esperar este feliz momento? Si... Pero ante lo presente desaparece todo lo pasado... y yo solo quiero que pensemos en lo presente.

GABRI Caballero... (*Retrocediendo al acercarse el Conde*)

CONDE. Poco á poco. No creo me hayais hecho acudir á esta cita para huir de mi.

GABRI. No, mas... quisiera. (*Idem.*)

CONDE. Justo: yo tambien quiero... (*Cojiéndola una mano.*)

GABRI. Ah! (*Soltándose y pasando al otro lado.*)

CONDE. (Y se me escapa!) Señora, señora!

GABRI. Caballero, escuchadme.

CONDE. Con mucho gusto. Pero de resultas de un aire he quedado algo sordo, y si no me acerco á vos... (*Va á hacerlo.*)

GABRI. Deteneos.
CONDE. Como?
GABRI. Deteneos digo.
CONDE. Pero que exigis de mi, señora?
GABRI. Que no os movais de ese sitio.
CONDE. Tan lejos de vos?
GABRI. Si.
CONDE. Pero pensais que permanezca siempre de este modo?
GABRI. No: siempre no.
CONDE. Si hubiera mas luz creeria que tratábais de examinarme asi, en perspectiva.
GABRI. Caballero, yo os ruego que no os movais hasta que el reló de esta sala dé las diez.
CONDE. Las diez?
GABRI. Si.
CONDE. Y entonces...
GABRI. Entonces... ya vereis...
CONDE. Pero es que aun faltará lo menos un cuarto de hora.
GABRI. Y qué importa?
CONDE. Ya! Pero quince minutos de planton, me parece...
GABRI. Me dais vuestra palabra de hacerlo?
CONDE. Bien. Sea. Os doy mi palabra: pero maldito si adivino... correis algun peligro hasta esa hora?
GABRI. Es posible.
CONDE. Qué nos descubra acaso.... papá?
GABRI. No.
CONDE. Mamá?
GABRI. Tampoco.
CONDE. (Será huérfana?) Tal vez.... vuestro esposo?
GABRI. No.
CONDE. (Pues señor, no lo entiendo.)
GABRI. Sin duda estareis sorprendido al ver el paso imprudente que he dado esta noche, es verdad?
CONDE. No por cierto.
GABRI. (*Con enojo.*) Caballero! Pues qué concepto teneis de mi sexo?
CONDE. Yo? (Y se enfada!)
GABRI. Responded.
CONDE. Señora, el mejor del mundo. Pues... digo! Hay motivo acaso?... El mal concepto lo formaria de él si no me diese nunca citas como esta.
GABRI. Cómo esta? Pues qué esperais de ella?
CONDE. Qué? Ya os lo diré luego.

GABRI. Oh! Es que estais muy lejos de adivinar la causa.
CONDE. La causa? Eso es lo que menos me importa.
GABRI. Vaya, vaya!
CONDE. Qué mal hay en lo que digo? Se le pregunta por ventura á la flor cuyo perfume nos embriaga qué manos la han plantado?
GABRI. (Pues se esplica muy bien. Indudablemente Mariana ha tenido acierto.) Sabeis que no estaria tranquila escuchándoos, á no ser por la palabra que me habeis dado hace poco?
CONDE. Si? Pues mas os tranquilizareis al saber que soy mosquetero.
GABRI. Gran Dios! (Ya no me acordaba de eso.)
CONDE. Os asustais?
GABRI. Digo! Como esos señores tienen tan buena fama!...
CONDE. Si. El mundo no les hace justicia Pero yo me encargo de rehabilitarla para con vos.
GABRI. Por eso estoy segura que sabreis corresponder dignamente, y como hombre de honor á la confianza que en vos deposito
CONDE. Eso, hasta cierto punto. Porque... qué debo pensar de una confianza que se me dispensa en las tinieblas? No será mucha, seguramente.
GABRI. Ya. Pero cuando una no quiere que la conozcan....
CONDE. No comprendo la razon. Y sobre todo; la partida no es igual, señora mia, porque... vos sin duda me conoceis, puesto que me habeis hecho llamar.
GABRI. Justamente. (Si supiera que no se quien es, y que no le he visto nunca?)
CONDE. Solo que no habeis pensado en los inconvenientes que esto puede traeros.
GABRI. Cuáles?
CONDE. Toma! Si por ejemplo ..... yo creyese que erais fea...
GABRI. Creedlo, caballero, creedlo. No os lo impido.
CONDE. Oh! Por fortuna no es posible.
GABRI. Qué, sabeis?
CONDE. Lo conozco en el timbre de esa voz.
GABRI. Conocimiento singular.
CONDE Oh! La esperiencia me ha hecho gran práctico en estas materias.
GABRI. Alguna vez os engañará sin embargo.
CONDE. Quereis qué os lo pruebe? Vos sois linda.
GABRI. Si os empeñais...
CONDE. Sois jóven tambien.

GABRI. Quién os lo ha dicho?
CONDE. Oh! No me cabe duda. Sois rubia.
GABRI. Ay qué error!
CONDE. Eh? No sois rubia? Pues entonces... Teneis el cabello castaño claro. De ahí no cejo un solo paso.
GABRI. Pues... es negro.
CONDE. Cómo los ojos?
GABRI. Mis ojos son ..
CONDE. Azules. Ay! Parecerán dos luceros! Y á todos los encantos de la juventud... reunis un talle... un cuerpecito, un pié, un...
GABRI. Basta. caballero, basta.
CONDE. No prosigo.
GABRI. Mi voz no puede haberos dicho tanto.
CONDE. Si. Me lo ha dicho, y...
GABRI. A dónde vais?
CONDE. Señora, soy tan amigo de formar mi opinion con datos, que...
GABRI. (*Huyendo á otro lado.*) Cielos! Olvidais que me habeis dado vuestra palabra de caballero?
CONDE. Pero eso que implica...
GABRI. Deteneos repito.
CONDE. Eh! (Diablo!) Hay en su acento un no sé qué de imponente y de candoroso que... como que no me conozco á mí mismo)
GABRI. Hareis que me arrepienta de mi confianza?
CONDE. Pero hija, por Dios! Quereis que os adore con los ojos cerrados?
GABRI. Yo no quiero que me adoreis de ningun modo.
CONDE. Calle! Pues algun proyecto tendriais al hacerme venir aquí.
GABRI. Sin duda
CONDE. Y cuál era, ó cuál es?
GABRI. Hablar con vos un rato.
CONDE. Hablar? (Hombre!) Y de qué?
GABRI. De... de lo que vos querais; de... Me han dicho que Monsieur de la Harpe ha escrito una tragedia nueva.
CONDE. Eh? Cáspita!
GABRI. No me habeis oido?
CONDE. Señora.... Me hablais ahora de las tragedias de Monsieur de la Harpe?
GABRI. Si. Por qué no? Las conoceis?
CONDE. Pero... Entendámonos. He venido yo aqui para que tratemos de literatura, señora?

GABRI. Y qué inconveniente?

CONDE. Tened la bondad de decirme por donde saldré mas pronto á la calle.

GABRI. Os vais? esperad.

CONDE. Esperar? Sin comprender lo que quereis de mi?

GABRI. Pero no veis que aun no ha sonado la hora?

CONDE. La ho... (Tiene razon. Hasta las diez no tengo motivo de...) Pero saboreemos los instantes. Mirad que....

GABRI. (Dios mio! Qué despacio anda ese reló!)

CONDE. Deciais algo?

GABRI. Si. Qué se opina en la corte de la convocatoria del parlamento?

CONDE. Otra?

GABRI. Ayer me aseguraban que esta medida....

CONDE. Vamos á hablar ahora de politica? Señor; que demonio de muger es esta?)

GABRI. No os gustan quizá tales cuestiones?

CONDE. Basta, señora. Eso es llevar la burla demasiado lejos.

GABRI. Pero si yo no me burlo, caballero.

CONDE. Pues, que es sino una burla lo que estais haciendo conmigo hace un rato? Sabeis que si se supiera que habia yo pasado solo, en la oscuridad, con una linda jóven, diez minutos hablando de la tragedia de Monsieur de la Harpe, y de la convocatoria del parlamento, me señalarian por todo Versalles con el dedo? Sabeis que mereceria además que me echasen de mi regimiento, y que lo mereceria por simple y por papanatas?

GABRI. (Dios mio! Se ha enfadado! Y ese reló!...)

CONDE. Encadenado! Subyugado, por esa estraña é inesplicable influencia que desde luego habeis ejercido sobre mí, os he obedecido; me he mostrado sumiso, respetuoso...

GABRI. Y os arrepentís?

CONDE. Si. Me arrepiento una y mil veces.

GABRI. Ah! Caballero!

CONDE. Me arrepiento, porque empiezo á creer que esto es un chasco, una broma..... demasiado pesada á fé mia. Pues digoos que el ratito es agradable! voto vá!...

GABRI. Jurais tambien!

CONDE. Juro y perjuro, y...

GABRI. Gracias. Es asi como ibais á rehabilitar á los mosqueteros?

CONDE. Yo! Perdonad, señora. Pero me habeis vuelto el seso de tal modo, que es muy posible que diga mil desatinos, y que...

GABRI. Y si... hablando seriamente, á mi vez os dijera que al obedecer haceis un gran servicio á una pobre muger que por ello os conservará eternamente un recuerdo en su corazon?

CONDE. Por ello! Pero, qué es ello! A qué he venido yo aquí?

GABRI. Si os rogase ademas que á nadie contáseis nunca esta aventura?

CONDE. Si; la aventura tiene lances, para... (*Dan las diez*) Ah! Las diez!

GABRI. (Gracias á Dios!)

CONDE. Las ois? Ah! Ya no hay disculpa! Ahora bien podeis esplicármelo todo.

GABRI. (No vienen!)

CONDE. Qué me indica ese silencio? Ah! Yo en seguida os esplicaré tambien la turbacion y las emociones que durante esta entrevista ha sentido mi alma: yo os diré..,

GABRI. Caballero!

CONDE. Yo os diré... Este hombre, señora, cuyo proceder habeis querido poner á prueba, os consagra toda una vida de amor... de...

GABRI. Siento ruido.

CONDE. (*De rodillas.*) Y á vuestros pies...

GABRI Siento ruido!

CONDE. (*En tono distinto.*) Aunque venga el preste Juan. Y á vuestros pies os ruega! Ah! Hablad. Ya llegó el instante de oir de vuestros labios divinos...

GABRI. Marchaos.

CONDE. (*Levantándose bruscamente.*) Caramba! Cómo que me marche?

GABRI. Si.

CONDE. Ahora salimos con eso?

GABRI. Ha llegado el instante.

CONDE. De irme? Oh! Lo veremos. Por vida de...

GABRI. Por favor.

CONDE. No señora, no. Aqui me quedo. No me habeis hecho venír aqui? Pues aqui estoy. Nada, nada! Aqui, firme como un roble.

GABRI. Ah! No querrais causar mi eterna desventura. Ved que es una muger la que os lo ruega. Por piedad, por piedad, caballero! Perdonadme y dejaos guiar por mi mano.

CONDE. Pero este es un embrollo incomprensible.
GABRI. Mi eterna gratitud!
CONDE. Voto á mi nombre, señora!...
GABRI. Quereis que os lo pida de rodillas?
CONDE. Eso no Levantaos.
GABRI. Ya están aqui.
CONDE. Quienes?
GABRI. Oh! Venid.
CONDE. Pero, me ofreceis que mañana...
GABRI. Si, si.
CONDE. Estaré como esta noche en la hostería.
GABRI. (*Lo lleva á la ventana.*) Si. Bien.
CONDE. A dónde me conducís?
GABRI. A esta ventana.
CONDE. Eh?
GABRI. Por ella saldreis ..
CONDE. Señora, por las ventanas no salen mas que los amantes dichosos ó los ladrones.
GABRI. Una reja que hay debajo os facilita el descolgaros sin riesgo alguno. En la puerta hallareis la litera.
CONDE. Creeis que es el riesgo el que me detiene?
GABRI. El vuestro no, pero el mio, el mio...
CONDE, (*Descolgándose.*) Ah! Hechicera ó bruja sois sin duda. A todo me obligais.
GABRI. Gracias!
ARMAN. (*La Vizcondesa saliendo por la puerta del lado.*) Aguardando por décima sesta vez al ingrato Conde de Merville, y el ingrato sin acudir á la cita. Pero, qué oscuridad!
CONDE. (*Ya fuera pero asomando la cabeza.*) Y nada paga mi sacrificio! Oh! Esa mano...
GABRI. (*La besa la mano y desaparece el Conde.*) Caballero! Ah! (*Se abre la puerta del fondo.*)
CONDE. Hasta mañana.
GABRI (Mañana habré partido de Versalles!)

ESCENA XIII.

GABRIELA. *La* VIZCONDESA. *El* BARON. *El* NOTARIO. TESTIGOS.

GABRI. (Llegó el momento.) Esperad.
BARON. Qué veo!
GABRI. Idos.

ARMAN. Gabriela!
BARON. Un hombre! Y se descuelga por la ventana!
GABRI. (Finjamos.) No os entiendo.
BARON. Vos hablábais con él.
GABRI. Yo?
ARMAN. Seria un ladron sin duda.
GABRI. Oh! No Os engañais.
ARMAN. Tú lo sabes?
BARON. Y aparentaba no conocerle.
GABRI. Señor Baron. Firmemos.
BARON. Nunca. (*Rumor en los convidados.*)
GABRI. (Oh! Bravo!) Cómo?
BARON. Ese hombre es un amante vuestro.
ARMAN. Un amante!
GABRI. Y vos, no vais á ser mi esposo?
BARON. Cáspita! Por lo mismo renuncio á esta boda.
GABRI. Vos?
ARMAN. Pensadlo bien.
BARON. Que he de pensar? No habeis oido á vuestra sobrina? Digo! Y un amante que sabe saltar por la ventana! Oh: Jamás!
ARMAN. Gabriela!
GABRI (Me he salvado!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un elegante salon de la época. Puertas laterales. Ricos muebles. Dos safás, tápices, sillones etc. Una mesa á la derecha del público y sobre ella escribanía de plata.

ESCENA I.

El BARON, *la* VIZCONDESA ARMANDA. *Al levantar el telon, el* BARON *está de rodillas á los pies de la* VIZCONDESA.

ARMAN. Pero, Baron, como?
BARON. Pero, Vizcondesa, cuando?
ARMAN. Cuando qué? Qué quereis decir? Hablad... Espero...
BARON. ¡Inhumana! Quien espera soy yo. Yo soy quien espera... y quien se desespera.
ARMAN. No os entiendo.
BARON. Esa mano que me habeis prometido ante el ara!...
ARMAN. Dios mio! Prometido!
BARON. (*Levantándose.*) Lo negariais?

ARMAN. Bien. Os he prometido mi mano. Sí. Mas... solo por delicadeza, por no consumar vuestra ruina. Porque en fin, toda la fortuna de vuestro hermano corresponde de derecho á mi sobrina... puesto que sois vos y no ella quien hace seis meses renunciabais á la boda que él ordenaba en el testamento.

BARON. Por san Crisóstomo bendito? Y no renuncié con razon! ¿Podia yo por ventura enlazarme con una jóven que en el dia mismo de mi nacimiento recibe de noche á su amante y lo despide por la ventana en presencia de todo el mundo? Que, interrogada vacila, duda, y acaba por confesar que quiere á otro?

ARMAN. Pero tambien declaró, que á pesar de no amaros, se casaria con vos por no faltar á lo que el testamento le prescribia.

BARON. Buen consuelo! Creyó sin duda que porque en la entrevista que tuvimos fingí allanarme á todo, era aquello verdad y que mi mansedumbre llegaria al punto de... ¿Eh?

ARMAN. Que se os va la lengua Baron.

BARON. No. Ya habeis visto que me he quedado en suspenso... Ademas yo no me quejo de vuestra sobrina: está en su derecho no queriéndome por marido, y... en cambio ella es la que tiene empeño en que vos y yo nos casemos, para que asi disfrute yo tambien de una parte de esa herencia que me ha hecho perder mi renuncia. (*Con ternura.*) Y no me lo negueis, hermosa ingrata! En seis meses que vivimos en estos dominios, toda la provincia de Poiton ha conocido la ternura, el cariño, la idolatría que os profeso. Ya solo falta que fijeis el dia, ó mejor dicho la hora, porque... Si yo fuese tan feliz, que esta misma noche.

ARMAN. Esta noche? Oh! No, no. La idea sola hace palpitar mi corazon de tal modo...

BARON. Pensad que la ciudad entera aguarda este enlace como cosa corriente; que vuestros amigos aguardan tambien vuestras esquelas de convite.

ARMAN. Las esquelas? Las haremos juntas. Hay ciertas personas que nunca recibiré en casa. Desde luego á los militares. Ni uno siquiera. Despues de lo que le sucedió á mi pobre sobrina... Oh! Solo el temor de que pudiera encontrarse con aquel desconocido...

BARON. Desconocido? Pero vos creeis?... (La ha embaucado la otra con algun cuento sin duda.)

ARMAN. Como que le faltó tiempo á la pobre para irse de Versalles aquella misma noche, dejándonos alli hasta ocho dias despues que fuimos á reunirnos con ella.

BARON. Conque ¿accedeis á mi demanda? Sí? vamos! Ea! Echad una ojeada sobre esta lista de convidados. A la cabeza de ella he creido indispensable al nuevo comandante de nuestra guarnicion... al jóven conde de Merville.

ARMAN. Al Conde! (A semejante mónstruo, que no ha respondido á las treinta y dos cartas que le dirigí en Versalles! Oh! Pues ahora guerra á muerte!)

BARON. Qué reflexionais?

ARMAN. Al Conde de Merville habeis dicho? jamás.

BARON. Pero...

ARMAN. Jamás. Ignorais que me lo han querido presentar, y que le he cerrado mi puerta?

BARON. Luego es un hombre antipático para vos.

ARMAN. Completamente.

BARON. Pero no veo en que fundais...

ARMAN. En qué? En que es uno de los mosqueteros mas libertinos, mas... últimamente, hace pocos dias... No ha tenido la audacia de arrebatar una conquista al mismo ministro, á Monsieur de Maurepás. Oh! Pero con buen rival se ha metido. Ya verá como le cuesta cara su osadía.

BARON. Y tanto. Mas... no sabeis... No se habla mas que de su completa reforma. Es ya otro hombre. Vá á casarse. Pero asi, de pronto, sin preámbulos ni entretenimientos.

ARMAN. Cómo! El Conde de Merville vá á casarse? (*Se oye en un lado á Gabriela que ha estado sin ser vista escuchando por una puerta, y que la cierra entrándose de pronto y esclamando.*)

GABRI. Cielos!

BARON. Eh! Cómo!

ARMAN. Nada.

BARON. Creí haber oido esclamar; Cielos!

ARMAN. Eh! Si yo no he desplegado mis labios! Pero quién, decidme, quién tiene valor para casarse con semejante hombre?

BARON. Lo ignoro. Mas parece que por órden espresa del Rey, el Conde se vé obligado á contraer matrimonio.

ARMAN. Ah! Le obligan á ello! (El ministro ha seguido mis consejos.

BARON. Vos debeis estar contenta, por lo que en ello gana la moral... Y seguireis tan buen ejemplo, no es asi?

ARMAN. Seguirlo? Oh! Lo que haré será darlo yo misma casándome antes que el Conde.

BARON. Ah! Mis esperanzas se realizan Armanda! Armanda mia! (*Vá á cogerle una mano.*)

ARMAN. (*Vivamente*) Lo primero es ocuparnos en dar las órdenes necesarias. (*Sube la escena y tira del cordon de la campanilla.*)

BARON. Ah! gracias á Dios que puedo ya avisar al notario con toda seguridad. (*Muy alegre.*)

ARMAN. Hola! (*En el fondo.*)

BARON. (Con esta van catorce veces! Toda mi vida la he empleado en avisar á los notarios, y ninguno ha llegado á casarme)

ARMAN. (*A dos criados que aparecen en el fondo.*) Avisad á mi sobrina.

BARON. (*A un criado.*) L'Orange, vé á casa de mi sastre: dile que para mañana por la mañana es preciso esté concluido mi trage de boda.

ARMAN. Esta noche recibo. Tomad órdenes del señor Baron. (*Vivamente á los criados.*)

BARON. Haced cuanto os diga la señora Vizcondesa. (*Id. á sus criados.*)

ARMAN. Encargaos vos...

BARON. (*Da una lista y órdenes á los criados que saludan y se van.*) Bien: como gusteis.

ESCENA II.

Dichos. GABRIELA.

GABRI. Me llamabais querida tia?

ARMAN. Si; Gabriela. Te llamaba para decirte que mañana seré Baronesa de la Tortampierre

GABRI. ¿Que oigo? Al fin...

BARON. Si. Al fin Cupido... mañana nos casamos.

GABRI. Cuanto me alegro.

ARMAN. (Con él y no con el que adoraba en mis sueños! Cómo ha de ser.) Ves que sacrificio? (*Ap. á Gabriela.*) Y todo por ti...

GABRI. ¡Gracias, gracias!

BARON. Ya estareis contenta. (*A Gabriela.*) Hemos seguido vuestros deseos.

ARMAN. ¿Nada mas que los suyos?

BARON. Y los mios! Y los mios tambien.
Ay! ¿Lo dudas? (*Bajo*)

ARMAN. ¡Chis! ¿Cómo es eso de tutearme?

BARON. Conque... creo que este enlace os hará dichosa. (*A Gabriela*)

GABRI. (Dichosa! Despues de saber que el conde. .) (*L'Orange saliendo.*)

L'OR. Un criado de á pié de la compañia de mosqueteros ..

ARMAN. Eh? ¿Quien conoce en casa á esos hombres?

L'OR. Solicita hablar al señor Baron.

BARON. A mi?

ARMAN. El nombre solo de ese cuerpo me ataca á los nervios.

L'OR. Creo que es á propósito del casamiento del señor Baron. Viene de parte de... (*Acercándose á él y en voz baja concluye sin que se le oiga.*)

BARON. (*Alto y sorprendido.*) ¡El Conde de Merville!

ARMAN. ¿Qué oigo? ¿Estariais vos en relaciones con semejante sujeto?

BARON. Es que... ¿no os lo habia dicho? El otro dia fué á verme. Por no disgustaros no le volvi la visita... ¿Querrá tal vez pedirme esplicaciones? ¡Oh! ¡Voto á sanes! Yo le diré que habeis sido vos quien...

ARMAN. Os prohibo pronunciar mi nombre en su presencia. Ven, Gabriela. No quiero ver siquiera á criados que pertenezcan á...

GABRI. Pero tia, por Dios. ¿ A que viene esa saña? ¡No decíais antes que el conde de Merville era tan fino, tan amable?...

ARMAN. ¿Antes?... No me acuerdo! Pero ahora digo que es el mas libertino, el mas grosero, el mas... (*Al Baron.*) Enviadle á decir que no le recibo.

BARON. Pero...

ARMAN. Que no le recibo.

BARON. Bien, bien,

ARMAN. Vámonos de aqui, Gabriela.

GABRI. (*Se vá con Armanda.*) No lo veré !

BARON. (*Tomando la carta que le presenta Orange el que se retira al fondo.*) Leamos lo que me escribe el Conde.

ESCENA III.

El Baron *solo leyendo.*

Baron. (*Leyendo entre dientes.*) «Señor Baron, Aunque no...» Hum! «Volverme la visita que os hice...» (*Hablando.*) Lo dicho: está picado. «Acabo de saber que esta noche (*Lee.*) se verifica vuestro enlace y tendré sumo gusto en poner mi firma en el contrato. A consecuencia de gestiones muy interesantes para mí, he querido ser presentado en todas las reuniones de la ciudad. La casa de la Vizcondesa de Ormong es la única en que á pesar de mis indicaciones, no me han recibido aun: y me felicito de que vos me allaneis hoy el camino para tener la honra de ser admitido á la presencia de las señoras con quien vivis. Asegurádlas, Baron, de mi profundo respeto, y decidles que una órden de su magestad me obliga á verlas. Espero ser bastante dichoso para devolveros un dia el favor que ahora os pido. Pues señor estamos frescos! Y que hacer? Un personage de importancia... Y yo... en calidad de oficial de aguas y bosques... No hay remedio. (*Se pone á escribir dictándose en voz alta.*) Es imposible rehusarle.. «Señor Conde. No hallo palabras para espresarle cuanto me lisongea, el honor que me quereís dispensar. La reunion para firmar los contratos tendrá lugar á las nueve de esta noche. Os espera vuestro afectuoso .. etc. (*Dobla la carta.*) Ella se va á poner furiosa. Pero que culpa tengo yo? Una órden del Rey!... Que la Vizcondesa se arregle con su magestad. Toma la respuesta. (*A L'Orange que se va en seguida.*)

Gabri. (*Saliendo por la izquierda.*) Y bien, señor Baron? Aun estais asi? Mi tia se halla en su tocador disponiéndose .. Y eso que el nombre solo del Conde de Merville le ha puesto de un humor... Qué os ha enviado á decir el Conde con su criado? Seré tal vez indiscreta preguntándoos?...

Baron. No tal El Conde solicita verme.

Gabri. Ah! Nada mas que eso?

Baron. Nada mas. (Con que interes...) Dispensadme. Estoy sin vestir y. . Corro á apresurar mi dicha.

ESCENA IV.

GABRIELA *Sola.*

GABRI. Y yo que creí... Cúan loca soy! Por qué? Con que derecho pude sospecharme que el Conde se pudiera acordar de aquella pobre muchacha pensionista del convento de la Anunciacion? Solo el amor puede adivinar al amor y... El Conde... Dios sabe si notaba mi presencia cuando iba al convento. Y sin embargo, yo... Ahora mismo latia mi corazon de tal modo al escuchar su nombre! Nécia de mi! Hasta llegué á decirme á mí misma. «Me tiene en su memoria. ha descubierto mi retiro; viene á verme.» Oh! Qué pronto ha caido por tierra todo ese edificio de alegres ilusiones y amorosas inquietudes. Una sola palabra lo destruye. Vá á casarse! Es decir, que lo he perdido; que no lo volveré á ver jamás. Oh! Tanto mejor: que no aparezca ante mis ojos Todo acabará de una vez para mí.. Y el partido que yo vacilaba en tomar... será resuelto. Sí, ese convento donde nació mi amor y mi locura... Ah! (*Mirando á un lado.*) Ocultemos mi dolor.

ESCENA V.

GABRIELA. ARMANDA. *Despues* MME. DE MONTRICOURT *y el* BARON.

ARMAN. (*Saliendo.*) Te buscaba. Que tal te parezco, sobrina? Tengo bastantes lunares? Me he dado mucho colorete? Ahuécame un poco mas esta falda. (*Se acerca Gabriela, lo hace.*)

GABRI. Asi?

ARMAN. Mas hueca, mas hueca. Pero .. que cara tan triste! Que aire tan abatido! Por ventura no te alegras de?..

GABRI. Yo, tia mia?... mucho. Estoy muy contenta; muy satisfecha ..

ARMAN. Motivo hay para ello. Cuando ves adornada á tu víctima...

GABRI. Mi víctima? Oh! Pues á mi me parece que estais muy resignada.

ARMAN. Ya! Cuando se acepta un marido, se resigna una siempre. Ademas. Despues del chasco que diste á ese pobre Baron, le debiamos una reparacion bastante á... la delicadeza nos imponia esta y yo me he resignado.

CRIADO. (*Anunciando.*) La señora Condesa de Montricourt.

ARMAN. Ah! Ya empieza á venir gente.

GABRI. Tan pronto?

ARMAN. Toma! en sabiendo que hay reunion y campo á la burla y á la crítica, acuden como moscas.

CONDES. Buenas noches, hermosa! Os aprecio tanto, que he querido ser la primera en daros un abrazo. Oh! qué elegante! qué buen gusto! (No ví nunca mamarracho igual!)

ARMAN. Gracias. Vos tambien venis tan linda, tan... (Cuanto adefesio trae.)

CONDES. (*A Gabriela.*) Señora... Conque... (*A Armanda.*) Al fin se verifica hoy ese enlace?

ARMAN. Bien queria yo retardarlo para dentro de un año, ó dos; pero ese pobre Baron está tan enamorado... que... No me gusta causar la muerte de ningun hombre.

CONDES. Oh! Vos sois incapaz de que por vos suceda una de esas catástrofes. Vaya, vaya! Estais como un sol: estais divína! (Esos brillantes serán regularmente prestados.)

ARMAN. Aduladora!

BARON. (*Saliendo de gala.*) Y yo, que tal estoy?

CONDES. (*Riéndose.*) Ah! Como un figurin. (De proa.) Mágnifico, Baron! Famoso!

ARMAN. Si: y hasta peligroso! Con ese aire galante...

BARON. Para vos, Vizcondesa, para vos. Ay! Todo para vos. Pero, como no vienen los demas convidados?

CONDES. Estarán poniéndose de gran gala. Porque ademas, ha corrido la voz de que tendreis aqui esta noche al hombre de moda; al Moncada de los Mosqueteros; al célebre Conde de Merville.

GABRI. (Ah!)

ARMAN Eh?

GABRI. (Otra vez ese nombre?)

ARMAN. Se han engañado. Quien ha podido decir?...

BARON. Vizcondesa...

ARMAN. Yo no quiero que ponga los pies en mi casa.

BARON. Con efecto, vos no... pero yo... me olvidé... A vuestro lado se olvida todo, y... Estais obligada á recibirlo.

ARMAN. Obligada?

BARON. Justo. El Conde de Merville tiene una órden del Rey...

ARMAN. Para qué? Para asistir por ventura á mi boda? Cómo! Su magestad se dignaria hacerme el honor de enviarme... un enviado...

CONDES. (*Con tono burlon.*) Como no? Apreciándoos tanto...

BARON. Y vos que sois de tan noble y antigua estirpe...

ARMAN. Yo no puedo desairar á su magestad. Pero...

CRIADO. (*Anunciando.*) El señor Conde de Merville.

ARMAN. Cielos! } (*A la par.*)
GABRI. Oh! }

ESCENA VI.

Dichos: *el* CONDE DE MERVILLE *vestido de uniforme.*

GABRI. (*Ap. turbada y bajando los ojos.*) No me atrevo á mirarle siquiera.

CONDE. (*Al Baron que sale á su encuentro.*) Os doy un millon de gracias. Permitidme ahora que presente mis homenajes... (*A Gabriela.*) Señora...

GABRI. No, no soy yo quien... (*Muy turbada. El Conde la saluda y se dirige á Mme. de Montricourt.*)

CONDES. (*Riendo.*) No, Conde: tampoco soy yo.

ARMAN. (*Ap. se adelanta.*) (No reparar en mí!)

CONDE. (*Sin mirar á la Duquesa Armanda.*) Oh! perdonar mi torpeza, siquiera porque el error debe lisonjearos: entre tanta beldad y tanta gracia mal se puede conocer desde luego, quien es la...

ARMAN. (*Poniéndose delante.*) Yo.

CONDE. Dignaos señora aceptar mi... Mi profundo respeto. (*La vé y se queda turbado, y dice de repente.*) (Demonio! esta es la vieja que me hacia carantoñas en Versalles!) Señora...

ARMAN. Caballero... (*Saluda y dice ap.*) (Ni siquiera una lisonja!)

CONDE. Baron, os felicito por vuestro matrimonio. A la verdad no lo crei tan acertado.

BARON. }
ARMAN. } Señor Conde...

CONDE. (Vaya un par de caricaturas!)

GABRI. (Oh! Cómo su voz despierta mis recuerdos del convento.)

BARON. Señor Conde, á mi vez os deseo igual acierto en vuestro próximo casamiento.

CONDE. (Es pulla?) Señor Baron, de miedo de no encontrar lo que vos... desisto de casarme.

ARMAN. Cómo?

GABRI. (No se casa!)

ARMAN. (*Vivamente al Baron.*) Pues que me habeis dicho vos? Yo crei en efecto que Monsieur de Maurepas...

CONDE. Eh? Por que medios sabeis una cosa tratada en secreto entre el ministro y...

ARMAN. Por... por cierta amiga que tengo en la córte. Me lo han escrito, y.. Pero señor Conde, me han dicho tambien que vuestra presencia en mi casa es efecto de una órden del Rey.

CONDE. Si Algo hay de eso, señora, vos os sorprendeis sin duda de verme aqui... De verme .. Como un general que penetra al fin en una ciudadela que sitiaba hacia mucho tiempo.

BARON. Estas señoras viven tan retiradas, que... no debeis estrañar...

CONDE. No, seguramente. Pero... hoy mas que nunca conozco con cuanta razon lamentaba no poderlas ver. Oh! Que hermosa! (*Mirando á Gabriela*) (Yo creo haberla visto antes de ahora.

ARMAN. (Dice eso mirando á Gabriela!) Sobrina mia, id á acabar vuestro tocador.

GABRI. Si ya he concluido.

CONDE. (*Vivamente.*) Perdonad; pero esta señorita no es estraña al principal objeto de mi venida.

ARMAN. Gabriela?

GABRI. (Qué quiere decir eso?)

CONDE. (*A Armanda.*) Asi como tambien vos.

BARON. Eh? Tampoco la Vizcondesa?

ARMAN. Me será dado comprender...

CONDE. Ahora mismo. Gracias á un sin número de calumnias y de venganzas ruines, de que esta señora parece tener algunas noticias, el ministro, Monsieur de Maurepas y otros varios enemigos, se han gozado en pintarme como un hombre peligroso á las buenas costumbres.

ARMAN. A las buenas costumbres? Alejaos, sobrina mia.

CONDE. Oh! Permitid señorá Vizcondesa, que no pronunciaré

ninguna palabra que venga á justificar semejantes acusaciones. Omito, pues, las faltas y hasta los delitos que calumniosamente se me atribuyen, y solo diré que en pleno cónclave, mis adversarios han declarado que yo hacia mal uso de los privilegios y de la libertad del celibato; que han abusado del recto juicio del Rey y de las bondades de la Reina, y que han conseguido fulminar contra su leal súbdito un decreto conyugal por el que se me obliga á casarme dentro del plazo de un mes, bajo pena de verme privado de los favores de la córte, y de condenarme á morir... de fastidio en mis tierras. Hace tres semanas recibí tan agradable mandato y mañana espira el plazo fatal que en él se me señala.

ARMAN. (Bien me he vengado de su ingratitud!)

BARON. Y... no os habeis casado aun?

CONDE. Ni espero casarme, porque para ello me falta hallar con quien.

TODOS. Pero...

CONDE. Os asustan los efectos de mi desobediencia? Agradezco tan leal interés. Mas, el caso está en ser mas diestro que el ministro, y aunque Monsieur de Maurepas es hombre de chispa, creo haber imaginado el medio de salirle al encuentro.

BARON. Vos?

CONDE. Si; yo. Hace ocho dias dije para mi: Si yo no encontrase una sola muger que me creyese bastante digno de ser su esposo, la culpa no seria mia.

GABRI. Ni una sola!

CONDES Eso es algo dificil.

BARON. (*A Armanda.*) Imposible. Verdad?

CONDE. Bien. Enhorabuena. Pero hasta la presente... Firme en mi idea y valiéndome de cuantos medios son imaginables, formé una lista de todas las señoras solteras y viudas de la ciudad. Con mi súplica en la mano me he ido presentando en casa de todas ellas rogándoles me firmasen su negativa, si bien protestándoles que en otra cualquiera circunstancia mi mayor dicha hubiera sido merecer el cariño de cada una de ellas.

ARMAN. Conde!

CONDE. Esto no es malo, señora.

BARON. Proseguid.

CONDE. Todas han comprendido perfectamente cuanto convenia á su dignidad el no ser alistadas bajo las bande-

ras de himeneo como soldados que se reclutan por órden del Rey... El amor propio, pues, ha salido al encuentro de mi deseo. Muchas madres han sonreido sin embargo, al escucharme, y algunas jóvenes han suspirado. (*Gabriela se vuelve para que no noten su turbacion.*) En fin, debo decirlo para ser exacto y para consolarme un poco. Todas las puertas se han abierto á mi ruego Solo las de vuestra casa han permanecido cerradas. Preciso es que me perdoneis, señora, esta visita, siquiera porque vengo á buscar mugeres que me nieguen su simpatía.

CONDES. Bravo!

BARON. Bravísimo!

ARMAN. (Habrá fátuo!)

BARON. Luego creeis que ninguna os quiera por marido?

ARMAN. (*Con amargura.*) No cree tal.

CONDE. Perdonadme. Lo que es hasta ahora, los votos son en contra afortunadamente.

BARON. Es decir, que solicitais la negativa de todas las mugeres casaderas, en la nobleza, en la magistratura, en la milicia...

CONDE. Y aun en clases un poco menos elevadas.

BARON. Qué! Tambien en el pueblo?

CONDES. Baron, qué decís? Hay en el pueblo mujeres por ventura?

CONDE. (*A Mme. Monteie*) Vos sois casada, señora?

CONDES. Si.

CONDE. Lo siento.

CONDES. Por qué?

CONDE. Por...

CONDES. (Dios mio! Le he flechado.) Por..

CONDE. Porque no me firmeis como las demas.

CONDES. Ya! Por eso? (Este hombre debe tener muy mal gusto.)

BARON. Tendreis un millon de firmas.

CONDE. (*Sacando un pliego.*) Cincuenta y tres. Vedlas aqui. Solo me faltan dos nombres para completar la lista.

CONDES. Cuales?

CONDE. El de la señora Vizcondesa..

BARON. Eh! Poco á poco. Para qué? Si hoy se casa conmigo.

CONDE. Por lo mismo debe firmar que no me quiere por marido como las demas lo han hecho. En este instante aun es soltera.

ARMAN. Viuda...

CONDE. Aun es viuda y... En seguida firmará esta señorita.

BARON. Teneis razon. Me convenzo. Sabeis que la idea es ingeniosa para burlar al ministro?

CONDE. Y que el testo es bien terminante. Mirad. «Las señoras que suscriben, declaran que rehusan voluntaria y espontáneamente la mano del Conde de Merville, y que no le quieren por esposo. Siguen las firmas.»

GABRI. (Oh Dios mio! Si él pudiera leer en mi alma!)

CONDE. Ahora bien, señoras... Os dignareis ..

ARMAN. *(Se dirige á la mesa.)* Oh! Si. al punto, señor Conde. Y con mucho gusto.

GABRI. (Qué situacion! Rehusar lo que me haria tan feliz!)

CONDE. Perdonad, señora, con la prisa no veis... Aqui: eso es, mil gracias.

ARMAN. (*Despues de haber firmado.*) (No dirá ciertamente que he querido ser su esposa. Mónstruo!)

CONDE. (*Acercándose á Gabriela.*) Solo me falta ya la firma de esta señorita.

GABRI. (*El Conde se acerca á ella y le presenta la pluma.*) (Oh! No sé lo que me pasa.) Pero... no... no creo sea necesario...

CONDE. Oh! Permitidme. No me escusarian... Si yo fuese libre de elegiros.

GABRI. (Que suplicio!)

BARON. Claro. Medida general.

GABRI. Si, mas.. puesto que ya mi tia ha firmado... Es una cosa tan estraña....

CONDE. (Qué veo! Se ha puesto pálida.) Señorita, vuestra duda podria serme demasiado lisongera..

CONDES. (Calle! Tal vez crea que una firma obliga.., Estas jóvenes son tan inocentes!

GABRI. No, no es por eso, si no que... (Cielos! Todos me miran! Qué haré?)

ARMAN. Vamos, sobrina, sé complaciente como yo lo he sido.

CONDE. (Dónde he visto yo estos ojos encantadores?)

ARMAN. Será preciso guiarte la mano?

GABRI. Oh! Qué idea! No señora, no. Ya obedezco. Dadme. (*El Conde le dá la pluma, se acerca temblando á la mesa y en el momento de mojarla deja caer el tintero sobre el papel.*) Ah!

TODOS. Oh!

BARON. Habeis derramado el tintero!

ARMAN. (*Irritada.*) Y sobre el papel!

CONDES. Lo ha inutilizado enteramente.

GABRI. Os juro que no lo he podido remediar.

ARMAN. Es una torpeza, un... Pero como! Si aunque lo

hubiera hecho adrede... Estás en babia?

GABRI. Tia!

ARMAN. Calla! No tienes disculpa.

CONDE. Oh! Esto no es nada. Cuatro ó seis firmas borradas... Lo remediaré facilmente, y asi se me proporcionará la ocasion de volveros á ver mañana. (*Mirando á Gabríela.*)

GABRI. (Oh! Si me hubiese adivinado.)

BARON. En fin, con tal que... Eh? No me engaño: ya están ahí los testigos, los demas convidados. Ah! Que feliz instante! Al fin quiso Dios que se efectuara mi décima cuarta tentativa de boda.

ESCENA VII.

Dichos. Los TESTIGOS, CABALLEROS. SEÑORAS *y* CONVIDADOS.

BARON. Señores! (*Saliendo á su encuentro.*)

ARMAN. Señoras! (*Id. á id.*)

CONDES. Qué babilonia! (*Al Conde.*)

BARON. Os doy las gracias por la honra que dispensais á mi... Pero, donde está el notario! Ah! Ya me acuerdo: tenia que hacer un testamento; no puede tardar. Si pudiéramos emplear mientras el tiempo en algo. (*Todos se van sentando con mil cumplidos.*)

CONDES. Vizcondesa, una idea se me ocurre. Pues tenemos la dicha de estar en compañía del señor Conde de Merville, roguémosle se digne contarnos alguna de esas curiosas aventuras suyas que con tanto ingenio refiere.

CONDE. Señora...

BARON. Apruebo. Con el notario sucederá lo que con el asado de madama Sevigné, ó de madama de Maintenon. Puesto que nos falta... una historia, señor Conde.

TODOS. Sí, sí: una historia.

CONDE. Por Dios, señores. Yo nunca me he hecho de rogar. Voy á complaceros.

BARON. Magnífico! Decidnos... una leyenda de mosqueteros... una, asi, una... Pues! una... Cualquiera cosa. Ya me entendeis.

CONDES. Por ejemplo, la aventura que mas impresion os haya causado.

BARON. Eso, eso. La aventura que mas...

CONDE. (*Aparte.*) Haré la prueba que de seis meses á esta parte ensayo en todas reuniones. Sin haber podido descubrir aun...

BARON. Chiss! Silencio! Se está acordando. Está reuniendo las ideas.

ARMAN. (Con tal que no cuente lo de mis cartas!)

CONDE. Me preguntais, pues, cual es la aventura que ha dejado en mí una impresion mas viva! Mas duradera!

TODOS. Sí, sí.

CONDE. Voy á contarla.

BARON. Atencion. (*Movimiento general de curiosidad.*)

CONDE. La escena pasa en Versalles. Y titularemos á este cuento, que es histórico...

BARON Eso es: le titularemos...

CONDE. « Mi desconocida. »

BARON. Vuestra desconocida? no la conozco.

ARMAN. (*A media voz.*) Gabriela, creo que será prudente el que te vayas de aqui.

GABRI. Como! No estais vos y las demas señoras? (*Se van colocando en las sillas.*)

ARMAN. Las demas señoras y yo, podemos oir muchas cosas que están vedadas á los oidos de una jóven. Vaya, retiraos, retiraos.

GABRI. (Me retiro, mas lo escucharé todo mal que le pese. (*De mal humor, váse.*)

ESCENA VIII.

Dichos, menos GABRIELA.

CONDE. (*Viéndola marchar y sentándose.*) (Se vá! Pierdo el auditorio que mas me interesaba.)

BARON. Ea! Empezad vuestra narracion. (*Al Conde.*)

CONDE. Nada hay en ella que esa señorita no hubiera podido oir.

BARON. Se levanta el telon.

CONDE. Sea. La aventura cuenta seis meses de fecha.

En Versalles como he dicho y el 17 de abril.

BARON. (*De lejos á Armanda la que le hace señas para que calle.*) Hola! Alli estábamos por entonces nosotros.

CONDE. Habia tenido lugar una gran recepcion en palacio y el dia empezaba muy alegremente para mi, porque recibí la declaracion mas grotesca de no sé que antigua momia provincial....

ARMAN. (Uf!)

CONDE. Que por décima sesta vez me daba una cita de amor, capaz de aterrar al hombre mas valiente. Figuraos, señores, una cita de amor con un vestiglo! Con una especie de dragon que... pobre de mi, si me llega á echar la garra!

BARON. Je! je! je! je! (*Riendo.*)

TODOS. Ja! ja! ja! ja! (*Idem.*)

ARMAN. (Uf! Yo me abraso!)

BARON. Quien seria ese animal carnívoro?

ARMAN. (*Sofocada y abanicándose.*) (Buff!)

CONDE. Por último. Pasaba yo la noche en una borrascosa cena de mosqueteros...

SEÑORAS. (*Cubriéndose con los abanicos.*) Oh!

CONDE. Suprimo los detalles, tranquilizaos.

SEÑORAS. (*Descubriéndose.*) Ah!

CONDE. Cuando de repente entra en nuestra estancia un diablo...

TODAS. Un diablo...

CONDE. Sí, un diablo, una dueña... que me dijo poco mas ó menos estas palabras: « Una señora fia á vuestra persona una señalada merced. Quereis seguirme?»

ARMAN. (Pues ya no es de mí de quien habla!)

BARON. Esto vá tomando color; esto ya quema.

TODOS. Chiss!

BARON. Chiss!

CONDE. Mensagera de los dioses, le respondí, soy vuestro en cuerpo y alma! En seguida me hace entrar en una litera, y me llevan... no sé por que calle; pero sin duda era la de Maurepas, ó la de Noailles ó la de... Vos conoceis Versalles, señora?

ARMAN. Muy poco. (El 17 de abril! Una litera! una dueña! Sería esta la aventura que me reveló Gabriela?)

CONDE. En fin, cuando se detuvieron los que en la litera me conducian, me rogó la dueña que me dejase vendar los ojos con un pañuelo, y cuando me lo quitó, me encontré en un corredor oscuro, y á poco en

un gabinete donde apenas penetraba el escaso reflejo de una luz, y cerca una muger encantadora... al menos, tal se me figuró. Estaba cubierta con un velo

ARMAN. Con un velo! (Dios mio! Era ella! Y este hombre es. . Oh!)

BARON. Y que mas?

CONDE. Su talle me pareció elegante; su pié y su mano de formas distinguidas; su voz era dulce, penetrante.

BARON. Y que mas?

CONDE. Mi declaracion fué breve y elocuente. La desconocida me respondió con suma rapidez... Parecia hallarse muy inquieta, y me suplicó la guardase el mayor respeto, haciéndome permanecer á bastante distancia.

ARMAN. (*Agitada.*) Oh! Sin duda!...

BARON. Diantre! Y... Y que mas?

ARMAN. Si. Qué?...

CONDE. Su emocion crecia por momentos: demostraba temer un suceso importante: hablaba de la lentitud de un reló que habia sobre una mesa y... esperaba impaciente que sonaran...

ARMAN. (*Embebida en lo que oye y sin poderse reprimir.*) Las diez?

CONDE. (*Sorprendido.*) Eh? Como lo sabeis vos?

ARMAN. (*Aparte.*) (Cielos!)

CONDES. Conoceis á la heroina?

BARON. Quién os ha dicho?...

ARMAN. Yo... no... yo no sé...

CONDE. Sin embargo, señora. Ella esperaba en efecto que dieran las diez... (Oh! Si al fin descubro...)

BARON. Vos habeis dicho las diez, no hay duda. Y ahora recuerdo que la noche en que yo debi...

CONDE. Esplicaos.

ARMAN. Dios mio! Habrá sido una casualidad! Dije las diez como pudiera haber dicho las doce... las trece...

CONDE. (Se turba.)

CONDES. Continuad, señor Conde.

CONDE. Vos sois sin embargo la primera que haya adivinado con tanto acierto. En fin, dieron las diez y entonces mi desconocida me suplicó de rodillas que huyese de aquel sitio.

ARMAN. (*Con alegria.*) Sin concederos la menor señal de simpatía?

CONDE. Justamente, señora. (*Mirándola sorprendido.*)

ARMAN. (Respiro.)

BARON. (Cáspita! Será este quien descompuso mi décimo tercio matrimonio? No sé que veo de comun entre esa aventura y mi...) Y vos, os fuísteis, eh?

CONDE. Me fuí! (Es particular! (*Mirando á Armanda.*) Si yo diciendo alguna mentira pudiera hacer hablar á esta muger...)

BARON. Y... os fuisteis por la puerta sin dnda.

CONDE. Perdonad, señora; (*A Armanda que va á levantarse.*) pero la aventura no ha concluido aun. (*Con intencion.*)

ARMAN. Qué no ha concluido?

CONDE. Ah! Creíais que sí?

ARMAN. Yo... Qué se yo, señor Conde? (En todo estoy indiscreta esta noche. ¡Cielos! ¡Y Gabriela que nos escucha! ¡Infeliz!) (*Viendo que Gabriela escucha, oculta detrás de una cortina.*)

CONDE. Dije que la aventura no habia concluido. Y bien. Aquella me pareció un sueño de las mil y una noches. La desconocida dejó en mi alma el germen de una pasion . breve... Yo la amaba: la adoraba con delirio.

ARMAN. Amar á una muger á quien no se ha visto siquiera!

CONDE. (*Observando.*) Ningun indicio podia hacerme averiguar despues el lugar de aquella misteriosa escena... Se me habia exigido el mas profundo secreto, pero yo estaba muy enamorado para callarlo, y se lo conté á todo el mundo.

ARMAN. Qué horror!

CONDE. (*Idem.*) Era un medio que adopté para que el enojo la hiciera descubrirse. Pero nada. Jamás noté que muger alguna se turbase al oirme: ninguna se puso colorada.

CONDES. (*Con malicia*) Toma! Para qué se ha adoptado el colorete si no para eso?

CONDE. (*Idem.*) Por fin, un dia descubrí que mi desconocida era de la provincia de...

ARMAN. (Cielos! Habrá sabido?...)

CONDE. (Otra emocion? Oh! Qué es esto?
Yo la obligaré á esplicarse.)

BARON. De una provincia? Luego abandonó á Versalles segun parece?

CONDE. Sí; pero antes... Un billete misterioso me pidió otras varias entrevistas.

ARMAN. (*Fuera de sí.*) Otras varias?

BARON. Hola! (Vamos: no era ella Gabriela partió la misma noche en que...)

CONDE. Ya concebireis el placer con que volé á su lado. Al principio continuaron los mismos incomprensibles desdenes: en la tercera entrevista eran menos crueles; y por último, la cuarta vez que nos vimos...

ARMAN. Mentís señor Conde! (*Levantándose furiosa.*) Mentís!

CONDE. Señora! (*Se levanta.*)

TODOS. Cómo! (*Idem.*)

ARMAN. La muger á quien calumniais...

BARON. (*A Armanda.*) (No es vuestra sobrina; y por ese tiempo aun estábais vos en Versalles.)

CONDE. Nombradla querida amiga, nombradla.

TODOS. Si, sí.

COADES. (Bien: ahora voy á saberlo todo.)

BARON. (Es fuerza que se aclare este misterio.)

ARMAN. Se trata de una señora de provincia y todas estamos interesadas.

BARON. Y yo tambien: yo tambien estoy interesado. Decid su nombre, Vizcondesa; pronto.

TODOS. Sí, sí.

ARMAN. Pues una vez que todos me lo exigen; una vez que... (*Dudando ve á Gabriela que se adelanta dos pasos con las manos cruzadas y en ademan suplicante.*) (Oh! Pobre niña!)

CONDES. } Y bien?
BARON. }

ARMAN. Digo que... (*Con fuerza al Conde.*) Digo que niego; que rechazo vuestras últimas palabras como calumniosas! Como falsas!

BARON. Qué oigo! Luego sois vos, señora?

CONDE. Ella? Ave María Purísima!

BARON. Era ella!

ARMAN. Baron! (*Rumor de todos los convidados El Baron gritando y fuera de si dice.*)

BARON. Era ella! Esto clama al cielo! Esto pide rayos y truenos. Señores. Ya lo veis. Yo no me caso. Renuncio á mi boda, y van catorce.

TODOS. Cómo!

CONDE. (Era este fenómeno!)

ARMAN. (Oh! Qué afrenta!)

CONDES. Amiga mia!

ARMAN. Dejadme... dejadme. (*Váse.*)

CONDES. Señor Baron...

BARON. No hay que decirme una palabra. Yo bufo! Yo rabio!... Yo... Esto se acabó, señores. Buenas noches. (*Váse.*)

TODOS. (*Siguiéndole.*) Pero y...
BARON. (*Rabioso yéndose: se vuelve de pronto y saluda con una reverencia á todos.*) Brrrr! Buenas noches! (*Se va por la izquierda.*)
CONDES. (*A todos.*) Ya lo ois! Qué grosero!
UNA SA. Qué estólido!
UN CAB. Qué bárbaro!
CONDES. Donosa ocurrencia! Ja! ja! ja!
TODOS. (*Yéndose.*) Ja! ja! ja! ja!
CONDES. Conde ..
CONDE. (*Los despide.*) Señora... Señores...

ESCENA IX.

El CONDE *solo.*

CONDE. (*Pensativo.*) Voto va! Y me he quedado solo. Pero señor, es posible?.. Con que esa especie de preciosa ridícula era mi desconocida? Es la muger objeto durante estos seis meses de todos mis pensamientos! Y sin embargo, á mí me pareció esbelto su talle; graciosas sus maneras! (*Confundido.*) Engañarme hasta ese punto yo! Un perito de mi calidad! Un... Cierto es que la noche es una gran protectora de chascos. Pero un chasco así, tan redondo, tan .. y gracias á la mentira de que me he valido, y que ha irritado su enojo! De lo contrario habria yo estado soñando eternamente con la que me pareció una hada... Y es una bruja! Porque es ella, no hay mas. Si fuera alguna amiga suya, la habria nombrado con sumo gusto, de fijo: las mugeres... Ah! Conde de Merville! (*Cruzando las manos.*) Conde de Merville! Despues de una derrota semejante, lo mejor que puedes hacer es ir á ocultar tu rubor á tus dominios, si no quieres ser el escarnio de la córte! Si. A mis tierras. No hay otro remedio. (*Coje su sombrero y va á irse.*)

ESCENA X.

El Conde. Gabriela.

Gabri. (*Sale profundamente conmovida y hablando con voz profundamente alterada.*) Caballero!

Conde. (*Volviéndose.*) Eh?

Gabri. Caballero. Yo estaba oculta ahi.

Conde. (La sobrina!)

Gabri. Lo he escuchado todo.

Conde. Y bien?

Gabri. Ah señor Conde! Qué es lo que habeis dicho á esas gentes? Vuestra conducta ha sido infame!

Conde. (Vamos, viene enviada por su tia.) He ido un poco lejos, lo confieso; es verdad. Pero cuando se quiere que haga el papel de un chico de la escuela... Por que en fin, esa señora me ha comprometido.

Gabri. A vos? En qué?

Conde. Señorita... Vos no podeis comprender ciertas cosas; pero á veces un hombre tiene una reputacion que conservar.

Gabri. Y la suya, caballero? Y la de esa muger?

Conde. Qué conmovida estais!

Gabri. Si: al ver tan horrible escándalo.

Conde. Vos me hablais de esa señora... de su reputacion... Mas, examinad esto de buena fé. Cuando se conduce una persona con la poca reserva que ella se ha conducido hace un instante, no habia de caerse la venda que tenian mis ojos?

Gabri. (Ah! Dios mio!)

Conde. Naturalmente. Con qué pretesto justifica semejante inconsecuencia? No puede creerse una indiscrecion: no puede creerse tampoco esceso de cariño. Oh! El cariño no existe.

Gabri. Pero... pero... hubiera llegado á existir quizá.

Conde. Señorita. Eso seria un absurdo. Dios me libre...

Gabri. Señor Conde. . no lo tomeis á burla y escuchadme.

Conde. Creed... (Lástima que se trate de su tia y no de ella.)

Gabri. (*Conmovida.*) Señor Conde, si por efecto de una reunion de circunstancias, que en nada pueden afectar al honor, una muger, culpable solamente por su des-

gracia... Oh! No sé como decíroslo! Hubiera querido verse obligada... No me comprendeis, Conde?

CONDE. Si. Lo procuro al menos, señorita, mas... (*Armanda saliendo del cuarto de Gabriela á quien busca y en voz baja.*)

ARMAN. (*Se queda inmóvil* y *escucha.*) Qué es de mi sobrina? Cielos!

GABRI. Si para evitar un casamiento que le éra imposible, cruel, odioso!

CONDE. Ya! Como el que quiere el ministro imponerme.

GABRI. Vos al menos podeis elegir una esposa. Pero á ella, altas razones de familia, de fortuna en fin, la obligaban á enlazarse con un hombre... Casi ridículo... de mucha mas edad.

CONDE. Si. El Baron por ejemplo. (Es la vieja! No hay duda.)

GABRI. Pues bien. Si esta muger, agotada su resistencia y en el colmo de su desesperacion hubiese concebido y llevado á cabo la idea estravagante, loca, culpable si se quiere de comprometerse ella misma... de suponer un amante que no existia; que nunca habia existido, á fin de alarmar al esposo que la destinaban y hacerle desistir de la boda... Decidme, señor Conde... Habria esta muger perdido su honor por eso y para siempre?

CONDE. No, señorita. (Al menos esta vez.)

GABRI. Y si por una de esas milagrosas casualidades que en el mundo suceden sin sospecharlas siquiera, hubiera sucedido que ese hombre fuese precisamente uno por quien ella alimentaba tiempo hacia un amor secreto, pero profundo, verdadero ..

CONDE. (Justo. He aqui las treinta y seis cartas de la tia.)

GABRI. Amor no correspondido ciertamente, pero acrecentado cada dia al oir las alabanzas hechas al valor, al carácter, á las brillantes cualidades del que lo inspiraba...

ARMAN. (Ay! Demasiado cierto es todo lo que dice.)

CONDE. Señorita .. mi modestia se resiste á oir elogios que... (*Reparando en Armanda.*) (Santo Dios! Nos está escuchando!)

GABRI. Dejadme acabar, Conde. Si esa muger que se halla libre todavia, se hubiese encontrado al fin con el hombre á quien tanto ama, y este arrastrado por no se qué sentimiento de vanidad, se hubiese puesto en su presencia y delante de una gran reunion á contar la fábula mas calumniosa... á inventar las circunstan-

cias mas humillantes... Porque él sabe bien que esa muger no tiene nada porque sonrojarse. El lo sabe bien. No es cierto, señor Conde?

CONDE. Si, cierto.

GABRI. Y sin embargo, él la ha ofendido, la ha vilipendiado á su gusto! Responded, señor Conde; ese hombre, no debería reparar su funesta sinrazon? No debería casarse con ella?

ARMAN. (Bien dicho.)

CONDE. (*Se vuelve á mirar á Armanda.*) Cómo! Casarse con?.. (*Vivamente.*) Oh! De ningun modo, señorita.

GABRI. (*Desesperada.*) Que no, decís? Conde! Conde!

ARMAN. (Ah! Mónstruo!)

GABRI. (*Con voz desfallecida.*) Basta. Caballero. Retiraos: os lo ruego. Ah! Las fuerzas me abandonan. (*Vacila y se apoya en el respaldo de un sillon.*)

ARMAN. (*Saliendo.*) Ah! Pobre victima!

CONDE. (*Viendo á Armanda.*) (Ya está aqui! Claro. Aguardaba mi respuesta.) Señorita!... (*Acudiendo á Gabriela.*)

ARMAN. Apartad, corazon de tigre! Cuando la pobre niña viene á suplicaros..

CONDE. Señora, hay causas que nacen desde luego perdidas.

GABRI. Oh! Sacadme de aqui.

ARMAN. Si, huyamos de su presencia....

CONDE. Pero...

ARMAN. Tan bella, tan inocente, y tratarla de ese modo! (*Vanse.*)

ESCENA XI

El CONDE *solo, despues el* BARON.

CONDE. Qué dice? Tan bella y tan inocente! Cielos! Y esa jóven que hablaba con tanto fuego, con tanta pasion como si de ella misma se tratara... Pero entonces, (*Impaciente.*) qué quiere esa vieja con sus treinta y dos cartas y su boda deshecha, y sus malditas inderectas? Casi voy perdiendo el juicio, y... Será la una? Será la otra? Quién me esplica este endiablado enredo?

A quién me dirijo para?... El Baron vuelve. Calle! Y qué ademan tan fiero!

BARON. (*Saliendo con aire altivo y grave*) (Debo vengar á la Vizcondesa y la vengaré, aunque ya no me case con ella. Quien nace caballero....)

CONDE. (*Viendo el aire del Baron.*) (¡Hola!)

BARON. Señor Conde, os buscaba

CONDE. ¿A mí, querido Baron?

BARON. Suprimid el querido,

CONDE. Pues.... á mí, Baron?

BARON. Eso.

CONDE. ¿Y qué objeto?

BARON. El objeto es.... que.... Yo soy el Baron de la Tortampierre.

CONDE. Sí: ya conozco vuestro título.

BARON. ¿Estamos?

CONDE. Estoy. Adelante.

BARON. Y cuando un hombre de mi calidad vé ultrajada con motivo ó sin él, á la que iba á ser su esposa, a aquella á quien iba á dar su nombre, su mesa, su tálamo.... Pide una esplicacion.

CONDE. Y vos....

BARON. Os pido una esplicacion, señor Conde.

CONDE. ¡Ya! Comprendo. Unas de esas esplicaciones.... que no esplican nada.

BARON. O una reparacion completa. A pesar de vuestras firmas de mugeres que fingen no aceptaros por esposo, Monsieur de Maurepas no se dará por vencido, y será preciso que os decidais á casaros. Ese es mi tema. Precisamente ese: que os decidais á ...

CONDE. ¡Oh! Seria mas posible de lo que pensais, si yo pudiera penetrar el misterio que me ocupa hace tanto tiempo. (Sí, con tal que fuese ella. ¡Ah! (*Mirando al cuarto de Gabriela.*) La reparacion seria muy dichosa para mí.

BARON. (Se me figura que no está muy duro de pelar. ¡Oh! Esto me venia de molde para volver á pretender á la sobrina.) Conque.... señor Conde.... Aceptais.. .

CONDE. ¿El que?

BARON. La repara....

CONDE. ¿Eh?

BARON. (*Vivamonte.*) Cion.

CONDE. Poco á poco. No caminemos tan de prisa. En primer lugar, yo quisiera saber fijamente si,...

BARON. ¡Mirad que me contiene la prudencia como la brida

á un caballo loco!.. ¡Em! Y que si me obligais á retaros á singular combate... no respondo de las consecuencias de.... (*En tono solemne.*)

CONDE. (*Sonriendo.*) No tengo ganas de batirme, Baron.

BARON. (*Aparte.*) Ni yo tampoco.

CONDE. Asi pues....

BARON. Asi pues, os casais con la desgraciada víctima de vuestro feroz desvio?..

CONDE. Quizá!... Si dejais ese tono imperativo, y mediante dos condiciones importantes que voy á exigir.

BARON. Condicion? Como es eso de...

CONDE. Silencio, vive Dios.

BARON. (*Amedrantado.*) Uif!

CONDE. Acercáos.

BARON. Bien; pero no hay que dar gritos.

CONDE. Acercáos mas, y oidme. Para salir de una ansiedad cruel necesito comprender muy claramente mi posicion y quiero conocer á la muger misteriosa... á ella misma, entendeis? á quien vos calificais con el nombre de víctima.

BARON. Pero si ya no es misteriosa. (*Pasando á la derecha.*) Ahora salis con eso? Voy á traerla aqui os convencereis y os podreis casar con ella al instante. De lo contrario...

CONDE. Nos batiremos.

BARON. Eh? De lo contrario... Si señor. De lo contrario nos batiremos. (Como yo sé que no me equivoco ..) (*El Conde le vuelve la espalda. Armanda sale pensativa del cuarto de Gabriela.*)

ESCENA XII.

Dichos. ARMANDA, *que sale sin verlos.*

ARMAN. La pobre está desesperada y quiere tomar un partido que me aflige cruelmente. Ah! Ella tambien amaba á ese inicuo!

BARON. (*Cerca de ella á media voz.*) Señora... no sabia yo que jugábais al esconder con los mosqueteros. Mas ahora...

ARMAN. Cómo se entiende! No era mas que uno, y ese .. quién os ha dicho que me buscaba á mí?

BARON. Qué no? (A que es verdad y me tengo que batir?) Señora... No pretendais fascinarme. La evidencia de los hechos consumados...

ARMAN. Estais loco?

CONDE. (Parece que discute el consejo de los ancianos! Bien.)

BARON. Yo que os crei de la severidad mas rancia...

ARMAN. Eh! Dejaos de necedades. ¿Os he negado por ventura mi mano?

BARON. Vuestra mano? Muy buen provecho os haga. No me casaria con vos, aunque supiera... Pero os vengaré noblemente.

ARMAN. En buen hora, no me importa, con tal que ambos nos venguemos.

BARON. Al punto ¿Vamos á vengarnos?

ARMAN. A vengarnos,

BARON. Pues á ello. No: yo delante. (*Tosiendo para cobrar ánimo.*) ¡Ejem! ¡Ejem' (*Marchando hácia el Conde.*)

ARMAN. ¡Ejem! ¡Ejem!

CONDE. (¿Qué pantomima es esta?) Y bien, señor Baron. llegó por fin el instante de aclarar.....

BARON. Sí, señor Conde. Pero.... he aquí mis argumentos. Espada á la izquierda. Vizcondesa á la derecha. Avanzad, señora.

ARMAN. (*Haciéndolo.*) Vedme.

CONDE. ¡Cómo! Es ella por último la que....

ARMAN. Sí. Yo soy la que....

BARON. ¡Pues! Ella es la que....

CONDE. (*Aparte*) ¡Oh! Vamos, imposible que yo haya hablado una hora con este vestiglo sin conocerla.

ARMAN. ¡Yo! Yo soy la que vengo á buscar una pública, una solemne reparacion. ¿Os casais, ó no os casais?

BARON. Eso, eso, señor Conde. ¿Espada ó Vizcondesa? ¿Vizcondesa, ó espada? ¿Espada ó Viz?...

CONDE. ¡Callad con mil demonios! Os dije antes y os repito ahora que para ello ponia dos condiciones importantes. La primera es, que la ofendida sea jóven y bella.

BARON. (*Señalando á la Vizcondesa.*) Y bien, caballero, me parece que....

CONDE. Perdonad, Baron; pero no tenemos igual modo de ver las cosas.

ARMAN. Señores, cuenta conmigo! Yo soy de Cascasona, y si me faltais en lo mas mínimo ... (*Furiosa,*)

BARON Vamos; sosegaos. El señor Conde pone sus condiciones; yo las examino.. .

ARMAN. Cómo! Pues que es esto alguna escritura de traspaso?

BARON. Tranquilizaos. Oid al menos su segunda condicion. ¿Qué perdemos con oirla? Despues.... despues... aquí está; pendiente (*Señalando á su espada.*) del cinto.

ARMAN. ¿Y qué segunda condicion es esa?

BARON. Decidla, señor Conde. (*Enmedio.*)

CONDE. (Si tambien esta prueba sale en mi daño, echo á correr, y no paro hasta mis tierras.)

BARON. ¿Callais?

CONDE. No: puesto que lo exigís.... Mi segunda condicion es que solo en el caso de que yo haya encontrado las cualidades indispensables que existen, (no tengo duda) en la persona que busco, esta, esta muger aun misteriosa....

BARON. ¡Dale!

CONDE. Sí, sí: aun misteriosa y á quien adoro; reconozca como suyos los cabellos tegidos dentro de un medallon ... (*Saca una cartera, la abre y muestra el medallon del primer acto.*)

BARON. Y bien. señora ¿habeis dado vos al señor Conde esa prenda?...

ARMAN. ¡Qué iniquidad! ¡Hacerme á mí semejante pregunta!...

BARON. (*Mirando el medallon.*) ¡Toma! Nada tiene de estraño... ¡Qué miro! ¡Ese medallon! ¡Le reconozco! ¡En Versalles! El dia mismo en que debí firmar mi décimo tercio... (*Lo coge.*) ¿Y osásteis apoderaros de mi pelo?

CONDE. ¿De vuestro pelo?

BARON. ¡Justo! Una G, y una A.

CONDE. ¿Ese medallon es vuestro?

BARON. Sí señor. ¿Con qué derecho?..

CONDE. ¡Qué diablos! Yo no lo he recibido de nadie.

BARON. ¿De nadie? ¡Pues qué! ¿Vuelan los pelos dentro de los medallones? Esta complicacion va tomando un caracter horrible!!

ARMAN. (*Pasando en medio.*) Y yo estoy ya cansada de servir de juguete á todas vuestras indignas suposiciones!

CONDE. }
BARON. } ¡Pero señora!

ARMAN. (*Enojándose por grados.*) ¡No hay peros que me contengan! Así no se juega con el honor de una familia. Y si este hombre es un espantajo que sufre ...

BARON. ¡Cómo qué!

ARMAN. ¡Yo no! Yo no, por vida de mi linage!

BARON. ¡Señora Vizcondesa!

ARMAN. ¡Y vos os llamais Tortampierre! Y no estais ya so-

bre el terreno con la espada en la mano, y. .. ¡Oh! ¡Qué vergüenza!

BARON. ¿Con la espada? Aquí la tengo. Sí. Espada á la izquierda; Vizcondesa á la derecha.·. No; Vizcondesa tambien á la izquierda. ¿Cual de las dos saco?

ARMAN. ¡Caballero!

CONDE. Con que es decir ¿que quereis que nos demos de estocadas? Corriente: con mucho gusto. Pero antes sepa yo por que....

ARMAN. Despues lo sabreis.

BARON. ¿Eh? ¿Despues? ¿Despues que haya corrido la sangre? ¡Eso es muy feroz!

ARMAN. No se trata ya aquí del Baron, no. Se trata de una muger tan interesante como desgraciada á quien habeis insultado.

CONDE. Pero, señora, calmaos.

ARMAN. No quiero; no hay calma posible cuando la bilis me ahoga. No. ¡Voto á mi nombre! Vos pagareis ese indigno ultraje, señor Conde; y ya que este hombre es un papanatas....

BARON. Poco á poco.

ARMAN. Una muger será la que vengue á esa otra muger.

CONDE. ¡Cómo!

ARMAN. Ahora nos toca á los dos! Vais á veros las caras conmigo! Oh! A mi no me asustan los vigotes.

CONDE. *(Riendo.)* Calle! Una señora batirse! Donde se ha visto eso?

ARMAN. A un lado cuchufletas! Madama de Nesle se ha batido con Madama de Polignac, y la Vizcondesa de Ormong vale tanto como ellas.

CONDE. Bah!

ARMAN. Bah! *(Repentinamente tira de la espada del Baron y se pone en primera.)* Como se entiende! Ahora lo veremos.

BARON. Eh? Que haceis?

ARMAN. En guardia!

CONDE. Señora!

ARMAN. En guardia, voto á Belcebú!

BARON. *(Interponiéndose.)* Pero Vizcondesa, escuchad.

ARMAN. Que os atravieso! *(Amenazándole.)*

BARON. *(Huyendo el cuerpo y gritando.)* Ay! L'Orange! Criados!

ARMAN. Chito! En guardia.

BARON. Socorro!

CONDE. Es una furia.

BARON. Socorro! Favor! Ay que me pincha.

ESCENA ULTIMA.

Dichos y GABRIELA.

ARMAN. (*Al Conde.*) Defendeos!

GABRI. Señora! (*Conteniendo á Armanda.*) Por dios! Qúe vais á hacer?...

ARMAN. Vengarte.

CONDE. Como! A ella!

BARON. (Esta muger es un escorpion!)

CONDE. Vengaros á vos! Hablad.

GABRI. Es inutil: y vos, querida tia, no os ocupeis ya de mi suerte; está fijada. Renuncio al mundo; renuncio á los sueños de felicidad cuya esperanza era hija de mis sentimientos mas que de mi corazon.

BARON. Pero señorita, eso de renunciar al mundo... Antes debo haceros presente que nuestra boda puede aun verificarse, que el testamento que la prescribe...

GABRI. Caballero, para obligaros á renunciar á mi mano, cometi, hace seis meses, una de esas imprudencias que es preciso espiar toda la vida. Yo solo llamé en mi auxilio la presencia del Conde, ignorando pudiera ser él, yo por lo tanto, debo...

CONDE. Cielos! Con que sois quien?...

GABRI. Si. Solo yo fui culpable. Solo yo debo sufrir las consecuencias renunciando para siempre á la esperanza de la única boda que pudiera haberme hecho feliz!

CONDE. Como! Renunciar!

GABRI. Estoy resuelta. Volveré al convento donde mis ilusiones nacieron... En él tambien morirán conmigo.

CONDE. Al convento' Que dice? Esa fisonomia que yo creia haber visto!... Ah! La reconozco.

ARMAN. Sois digna de vuestro nombre, sobrina mia. Si. Olvidad un mundo tan perverso; olvidad unos hombres tan...

CONDE. Un momento, señora. Dejadme coordinar mis ideas... Lo que vuestra tia me ha dicho, lo que acabo de oiros. No me deja duda. Vos sois mi desconocida miste-

riosa; la que buscaban mis ojos en todas partes; la que ocupaba dia y noche mi pensamiento y mi corazon.

GABRI. Os lo he dicho. No podia ocultarlo por mas tiempo.

CONDE. Ah! Ya me esplico todas las confusiones de mi alma: ya recuerdo que sois vos la que veia con frecuencia en el locutorio, y cuya hermosura me hechizaba. Oh! Yo amé á mi desconocida por instinto... Mi amor no me engañó; y aunque mis ojos no os encontraban... mi corazon os reconocia. Oh! Perdonadme! No me negueis vuestro cariño por piedad! (*De rodillas.*)

GABRI. Cielos!

BARON. Vizcondesa inocente! Eso mismo digo yo (*De rodillas.*)

ARMAN. Hombre pusilánime! (*Al Baron*)

GABRI. Conde: ya es demasiado tarde.

CONDE. Demasiado tarde! No: nunca lo es para reparar una falta; para perdonarla generosamente.

BARON. (*A Armanda.*) Eso digo yo.

CONDE. Nunca es tarde cuando se ama; cuando si hay ofensas que anublan lo presente, hay dichosos recuerdos que invocar.

BARON. Eso digo yo!

CONDE. Pues bien, Gabriela; yo los invoco ahora. Nunca he olvidado aquella noche en que sin reconoceros fui recibido por vos: en que me inspirásteis aquel cariño inesplicable; aquel santo respeto conque os miraba: conque os obedeci, retirándome al sonar la hora... (*Dan las diez*)

GABRI. Ah!

CONDE. Esta misma, Gabriela! Sea para nosotros hora de perdon y de amor.

BARON. Si: lo mismo digo.

GABRI. Conde! (*Levantándole.*) Sea lo que vos querais!

ARMAN. Baron!

CONDE. Ah Gabriela mia!

BARON. Ah Vizcondesa de mis ojos!

ARMAN. Perdon; olvido.

CONDE. Concedédmelo tambien por vuestra parte si pude...

ARMAN. No me acuerdo de nada.

CONDE, Gabriela! Monsieur de Maurepas obligándome á contraer matrimonio quiso imponerme un castigo. Pues bien. Pronto sabrá que me ha hecho feliz para toda mi vida.

BARON. Eso digo yo.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 9 *de Octubre de* 1850.

Aprobada menos lo tachado y devuélvase.

Rafael Perez Vento.

Nota. La impresion de esta comedia se ha hecho omitiendo lo que la junta de censura ha tachado en el original, de modo que debe ponerse en escena tal como está impresa.

TARIFAS *de derechos de representacion de las obras de la* **ESPAÑA DRAMATICA**, *en cuanto las piezas no lleven una especial, en cuyo caso habrá de estarse á ella.*

GRADUACION DE TEATROS.

PRIMERA CLASE.

En *Barcelona*, Santa Cruz y Liceo. *Cadiz*, Principal. *Sevilla*, Principal y San Fernando. *Valencia*, Principal.

SEGUNDA CLASE.

En *Cadiz*, Circo. Coruña, Granada, Málaga, Palma, Valladolid, Zaragoza.

TERCERA CLASE.

Alicante, Aljeciras, Almería, Avila, Badajoz, Bilbao, Burgos, Capuchinos en *Barcelona*, Balon en *Cadiz*. Cartajena, Córdova, Gerona, Jaen, Jerez de la Frontera, Leon, Lérida, Logroño, Murcia, Oviedo, Palencia, Pamplona, Pontevedra, Puerto de Santa María, Reus, Salamanca, Santa Cruz de Tenerife, Santander, Santiago, San Sebastian, Segovia, Tarragona, Toledo, Vitoria, Zamora, Isla de San Fernando.

Y todos los Teatros correspondientes á Liceos y sociedades por acciones que hubiere en capitales de provincia.

CUARTA CLASE.

Todos los Teatros no comprendidos en las graduaciones anteriores, y los Liceos ó sociedades por acciones que hubiere en los pueblos no capitales de provincia.

Al tanto por ciento invariable para los Teatros de todas clases.

Originales en 3 ó mas actos.	8	por 100.
Originales en 1 ó 2 actos.	3	id.
No originales, la mitad.		

Cantidad alzada por cada representacion, sin estreno, en los Teatros de. . . .

ORIGINALES.	1.ª	2.ª	3.ª	4.ª Clase.
De 3 ó mas actos.	160.	100.	60.	30.
De 2 actos.	100.	60.	30.	20.
De 1 acto.	80.	50.	25.	14.
No originales, la mitad.				

ZARZUELAS CON SU MÚSICA EN TODA CLASE DE TEATROS.

De 2 actos.	10	por 100.
De 1 acto.	5	por 100.

NOTA. El Circulo admitirá tambien ajustes alzados para toda clase de Teatros, bien por años cómicos, meses, ó por cada noche de funcion, dirijiéndose al efecto á esta Direccion, de acuerdo con los comisionados respectivos.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art.* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de febrero de* 1849

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mèrito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de* 7 *de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art* 60

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria » *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.a Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

1.a Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.

Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta Córte, y con especialidad en el Teatro Español.*

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes ó el Bandido generoso.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita,
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero (de mágia).
La nueva Pata de Cabra (Id.)
A quien Dios no le dá hijos....
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina, ó el diablo de Salamanca.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger,
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues, *segunda parte del Corazon de un bandido.*
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdio.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS.

Tramoya.
Las Señas del Archiduque.
El Duende.
Colegialas y Soldados.
Misterios de bastidores.
El Alma en pena.
La noche-buena.
Una tarde de toros.

MUSICA.

Partitura completa del Duende para piano y canto.
Cancion de la Jardinera, de id.
La cancion del Duende, id. id.
Polka burlesca, id. id.

OBRAS.

En los mismos puntos se hallan de venta.

Avecilla. Diccionario de la Legislacion Mercantil de España.
Avecilla. Legislacion Militar de España.
Corzo. Aplicacion práctica del Código Penal.
Corzo. Código penal reformado. Ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.

TOMANDO LA COLECCION COMPLETA 50 POR 100 DE REBAJA.

En Madrid en las librerías de Rios, calle de Carretas; Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo, y Publicidad, calle del Correo.

EN PROVINCIAS.

Adra.	D. Francisco Barr. Medina.
Albacete. . . .	Nicolas Herrero y Pedron.
Alcalá.	Felix Moreno.
Alcoy.	José Martí y Roig.
Algeciras. . . .	Vicente Castaño y Monet.
Alicante. . . .	Pedro Ibarra.
Almaden. . . .	Felix Quiroga.
Almería. . . .	Sres. Vergara y compañía.
Aranjuez. . . .	Gabriel Sainz.
Avila.	Manuel Benito.
Avilés.	Ignacio García.
Badajoz. . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baeza.	Manuel Alambra.
Barcelona. . . .	Juan Olivcres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Benavente. . . .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja.	Nicolas del Moral.
Bilbao.	Srcs. Delmas é Hijo.
Burgos. . . .	Sergio Villanueva.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud. . . .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . . .	José Moreno.
Cartagena. . . .	Vicente Benedicto.
Castellon. . . .	Remigio Moles.
Chiclana. . . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real. . .	Antonio Mexía.
Ciudad-Rodrigo. .	Salomé Perez.
Córdoba. . . .	Juan Manté.
Coruña.	Juan José Sischká.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Gerona. . . .	Vicente Oliva.
Granada. . . .	José María de Zamora.
Guadalajara. . .	Miguel Perez.
Guardamar. . . .	Sres. García y Muñoz.
Habana.	Antonio Charlain
Huelva.	Ramon Rodriguez.
Huesca. . . .	Sra. Viuda de Galindo.
Jaen.	Sres. Sagrista y Compañía.
Jerez de la Frontera.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida.	José Sol.
Logroño.	Domingo Ruiz.
Loja.	D. Juan Cano.
Lorca.	Francisco Delgado.
Lugo.	Manuel Pujol y Masia.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila.	Tomás Escudero Izquierdo.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense.	Manuel Gomez Novoa.
Oviedo.	Rafael C. Fernandez.
Palencia.	Gerónimo Camazon.
Palma.	Juan Guasp.
Pamplona. . . .	Teodoro de Ochoa.
Plasencia. . . .	Isidro Pis.
Pontevedra. . . .	Juan Verea y Varela.
Priego.	Gerónimo Caracuel.
Puerto Santa María.	José Valderrama.
Requena.	Benito Huerta.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rivadeo	Marcos Fernandez Lopez.
Ronda.	Juan José Moreti.
Salamanca. . . .	Telesforo Oliva.
San Fernando. . .	José Tellez de Meneses
Santa Cruz de Tenerife.	Pedro M. Ramirez.
San Sebastian. . .	Pio Baroja.
Santander. . . .	Clemente María Riesgo.
Santiago.	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia.	Eugenio Alejandro.
Sevilla.	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fê.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera.	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. . . .	Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel.	Antonio Lopez.
Toledo.	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Trinidad de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . . .	Francisco Mateu y Garin.
Valladolid. . . .	José M. Lezcano y Roldan.
Velez Málaga. . .	Antonio María Cebrian.
Vitoria.	Saturnino Ormilugue.
Zamora.	José García Pimentel.
Zaragoza	Pascual Polo.

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Fuencarral, número 2, cuarto entresuelo, casa de Astrarena.